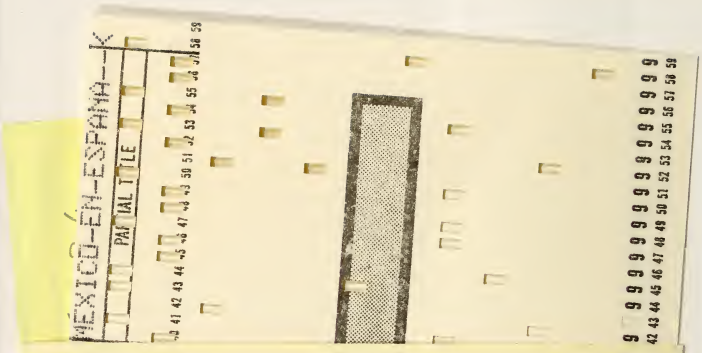


THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F1234
.A55
1919

a 00002 988538

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
APR 1 1990			
[redacted] APR 02 '90			
MAY 02 1990			
[redacted] MAY 4 '90			
JUN 04 1990 MAY 8 90			

FORM NO. 513
Rev. 1/84

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/mexicoenespanaho00andr

BIBLIOTECA DE ESCRITORES DE LA RAZA

MÉXICO EN ESPAÑA

por LUIS ANDRADE

Prólogo de SALVADOR RUEDA

Hombres y hechos de la Revolución

Constitucionalista, en la República Mexicana

MÉXICO EN ESPAÑA

POR

LUIS ANDRADE

MÉXICO EN ESPAÑA

POR

LUIS ARNEGUI

Biblioteca de Escritores de la Raza

MÉXICO EN ESPAÑA

POR

LUIS ANDRADE

PRÓLOGO DE

SALVADOR RUEDA

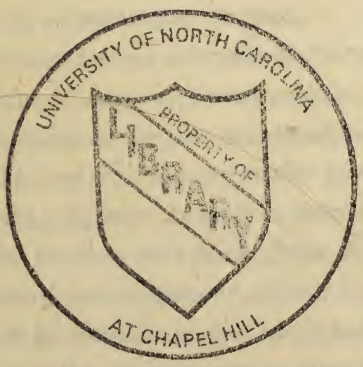
Hombres y hechos de la Revolución Constitucionalista, en la República Mexicana

F1234
.A55
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

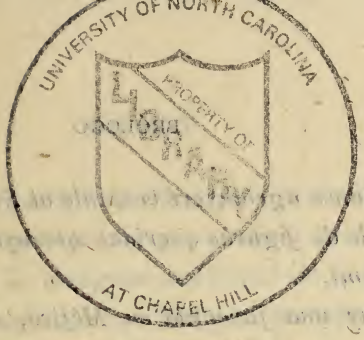
EDITORIAL HISPÁNICA
ADMINISTRACIÓN: MADERA, NÚM. 30
Apartado de Correos núm. 708
MADRID

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

PROLOGO



LUIS ANDRADE

Dos palabras.

Acabo de experimentar la agradable sorpresa de serme presentado por el Sr. D. Juan Manuel Celís, que ha hecho la travesía del Océano en su compañía, el joven y famoso escritor mejicano Sr. D. Luis Andrade, quien trae el propósito de estrechar lazos con nosotros e intercambiar ideas de arte y de orientaciones de raza.

Le acompaña una íntima colección de fotografías con soberbios retratos de las más altas personalidades políticas de Méjico, personalidades que tuvimos el honor de conocer y tratar durante nuestra visita a aquella sugestiva nación, y con este motivo tuvimos una pura fiesta de corazón, dedicando horas de honor y gloria al Estado Mayor de la intelectualidad mejicana, a sus cultos estudiantes, a sus poetas, a sus críticos, a sus héroes.

Nunca agradeceré bastante al Sr. Andrade el desfile de figuras queridas que ayer hizo pasar ante mí.

Hay una juventud en Méjico, de una complexión tan particular, que nos llama mucho la atención, y entre la cual ocupa lugar preferente D. Luis Andrade, y está modelada, a la vez que por los libros y por las aulas, por una bélica conmoción nacional.

La revolución mejicana ha creado este hombre nuevo. No sólo son cultos, y sensibles, y matizados de sentimientos, sino que a la vez que llevan impresa en las manos la lomera del libro, llevan la cazoleta de la espada.

Traté a muchos de una cultura asombrosa. Tienen originalidad, puntos de vista sorprendentes, no desconocen ningún matiz moderno en todos los órdenes de cosas, y en medio de ese exquisito modelado de hombre y de caballero, se esconde el luchador que desprecia la vida, el combatiente pronto a revelarse tan generoso como ilustrado.

Esta visión humana yo no la conocía antes de tener la altísima gloria de ir a Méjico.

Don Luis Andrade (conferencista, escritor, poeta, orador, autor dramático y periodista),

constituye arquetipo en esta especie y es un interesante palimpsesto vivo que contiene en sí restos y signos de antiguas escrituras de su historia. Es el perfecto exquisito y el perfecto batallador, el reflejo feliz de su raza antigua y el cerebro acabado de troquelar. Cuando con palabra amplia y emoción hermosa nos describe episodios de su tierra, la cultura no obscurece las detonaciones y el fragor de su discurso. Posee los relieves de las luchas de su patria de tal modo, que no oímos su historia; la vemos, la palpamos.

Heredero Andrade de la grandeza remota de una civilización que tuvo su fin con Cuauhtemoc, y formado también por la civilización europea que hizo su iniciación con Cortés, posee, como la juventud mejicana, un ser doble en su interior y los sedimentos de dos razas. Un mejicano por eso es más complejo que cualquiera otro tipo de hombre nacido en la América española, porque muchos Estados nuevos del otro lado del Atlántico, no tenían por genealogía, cuando el descubrimiento, más que el historial indio, marcadamente analfabeto, mientras que cuando llegaron nuestros héroes a las puertas del nuevo Continente, el viejo Méjico, de una longevidad inmedible, poseía una civilización

secular, tenía sus Estados, se regía por Códigos propios, legislaba según sus sistemas y poseía los signos y caracteres originales que aún lleva, al través de los siglos, como una marca perenne.

Pues los herederos de aquellas fuentes remotas de cultura, los que llevan la etnografía moral de aquellas edades, y después, sobre sus sedimentos, han acumulado las cristalizaciones de Europa, tienen, seguramente, otro plasma espiritual *más complejo, más profundo y más matizado que los hombres de ayer y de mañana. Y ésto es lo que yo veo en Andrade y en el plantel de hombres sobresalientes de Méjico, alma nacional como una especie de fondo de caracol encantado, donde van a resonar y a vivir todos los rumores de la Historia.*

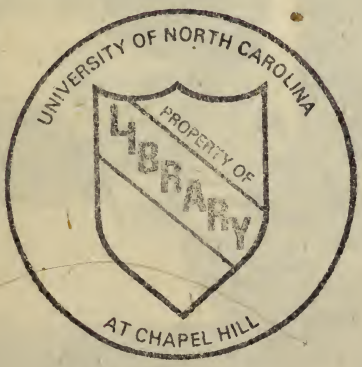
Además, el corazón de Andrade tiene mucho de girasol de sangre que mira tiernamente hacia España, y se impregna de su luz, y se queda mirando a las puestas de sol de nuestra raza. Viene a escribir un libro generoso titulado: España en Méjico y Méjico en España. *Con los brazos, de par en par, debemos recibirle.*

Sirvan estas modestas palabras de humilde saludo al hombre que tiene en su palabra y en su pluma el milagroso poder de borrar rencores,

de desvanecer odios, de acercar las ideas y de enlazar, con gracia y talento de juventud, los corazones.

SALVADOR RUEDA.

Madrid, 15 de enero de 1919.



Por el Resurgimiento de la Raza

Impresiones de mi entrevista con el eximio poeta Don Salvador Rueda

Rompiendo viejos moldes de protocolo y ceremonias ridículas, que sólo cuadran con los nombres ineptos o con los espíritus mezquinos, al llegar a esta muy noble Villa y Corte, me presenté casi de rondón ante el eximio poeta D. Salvador Rueda, honra de la literatura hispana y árbitro de la caballerosidad y de la modestia.

Al atreverme a cambiar impresiones sobre pueblos y sobre razas con un gallardo modelador del sentimiento, como lo es D. Salvador Rueda, yo, pobre pastor de ideales, que sólo traje de México el modesto bagaje de mis anhelos y el pequeño apoyo de mis aspiraciones, me sentí intensamente conmovido ante el entusiasmo y el calor con que el maestro Rueda se expresó del afecto sincero que existe en México para los

buenos españoles, dispuestos siempre a la conquista de un ideal supremo: la unión de nuestra raza.

Me introdujo ante el delicado bardo hispano un sencillo y noble amigo, D. Juan Manuel Celís, a quien tuve el gusto de conocer durante mi travesía. Sirvió de marco al cuadro que trato ahora de trazar, la Biblioteca de la Universidad de Madrid, con sus gigantescas estanterías repletas de libros viejos y apergaminados, que, a la juventud de hoy, le hacen evocar la vejez de ayer, y que ayer, como hoy, sólo nos hablan de las eternas esclavitudes que pugnaron por alcanzar fantásticas libertades; de hidalgos paladines sacrificados por plebeyos y de plebeyos aspirantes a paladines; de héroes consagrados y de héroes olvidados; de arrestos y de hazañas realizadas, que al través de los años, sólo tienen la virtud, cuando a mano viene, de inyectar una relativa dosis de energía, de tradición, de orgullo de raza. Los libros, como los hombres, envejecen y mueren; sólo queda la idea, y aun ésta muchas veces se olvida o se desvirtúa. ¡Felices los mortales que aún tenemos espíritu y amor para revivir en nuestra mente, e impregnar en nuestros sentimientos, las epopeyas, los hombres y las razas de ayer, que así podremos experimentar la voluptuosidad de compararlos con las de hoy y con las de mañana!...

Libros viejos, libros muertos que en todas las Universidades nos enseñan la manera eficaz de

vencer en la vida, de dominar en la lucha, pero también de redimir al oprimido, de encauzar al extraviado, de enaltecer y de forjar patria verdadera, y que, a pesar de todo ello, más parece que nos subyuga y nos atrae lo primero y no lo último, porque la juventud de este siglo gusta más del oro sin páginas en la historia, que de historia con páginas de oro. Pero colguemos la escarcela del egoísmo siglo xx, artefacto de moda en todos los países, y volvamos a la Biblioteca de la Universidad, que allí encontraremos al Quijote contemporáneo del ideal.

Sentado allá en el fondo, cerca de su mesa de trabajo, sorprendí al ilustre Rueda; clavaba en esos momentos su mirada de aguilucho en las páginas de un libro moderno, de estos que suelen elaborarse ahora en diez días, venderse en un año y cobrarse en cinco minutos. Al notar mi presencia, cortésmente se levantó, y tras una sencilla y breve presentación, se inició la charla amena y franca.

Yo, que he vivido tan cerca del ideal y tan lejos de los hombres que lo practican, me embelesé escuchando la interesante y sugestiva exposición de ideas que aquel hombre, pequeño de estatura, pero grande de alma y de cerebro, dejaba escapar por sus labios, con el ritmo musical de su verbo galano, y la fresca y bien matizada expresión de sus conceptos.

—México—dijo el poeta—, no sólo es grande por su extensión territorial como muchos creen

erróneamente; México es grande por su longevidad inmedible, por su tradición y su raza, por su carácter propio, altivo y arrogante como el Popocatepetl, sugestivo como sus bosques milenarios, e indomable como los leones de sus selvas.

En México todo es propio—continuó diciendo—: sus costumbres, sus dialectos, su indumentaria, sus modismos, sus fiestas populares, sus tipos, su leyenda. Hay tanta poesía, tanta belleza, tanto ensueño en todo aquello, que se diría que el alma de Netzahualcoyotl, hermanada con la de Cervantes, dejaron una estela luminosa y perdurable.

Me relató con admirable elocuencia y arrogancia de conceptos, cómo una tarde, en que él paseaba a caballo por uno de los Estados de México, acompañado de altos personajes, un indígena del pueblo, con ademán comedido y palabras corteses, les invitó a una ceremonia tradicional que se celebraba en aquellos momentos en la Parroquia del pueblo. Y esto, que se lo vedaba el rito de aquella misma ceremonia, lo hizo el indígena como un galante homenaje al poeta español, huésped de honor en nuestro país.

—Ya ve usted—agregó el poeta—cómo aquel modesto hombre del campo tuvo también un homenaje para España, que yo, conmovido, acepté como la más fragante flor que se me brindara, como el más fresco y glorioso laurel de vuestra raza.

En aquel momento, la mirada del poeta se empañó, y un hondo suspiro puso en sus labios la gratitud de un recuerdo perdurable, de un homenaje a España, del que si España se siente satisfecha, nosotros nos sentimos orgullosos.

Luego, el maestro Rueda, prosiguió:

—Y había tal melancolía en la mirada de aquel apuesto indígena, y tal finura y gentileza en sus palabras, que antojóseme un enviado fantástico de la Raza Azteca, que en los ojos negros y profundos de sus hijos predilectos, sabía poner miradas con sombra de capuz y parpadeos con relámpagos de fuego.

Y aquel virtuoso representativo de la Raza Española, que durante su estancia en México se consagró a sembrar y a cultivar la milagrosa semilla del sentimiento fraterno que debe atarnos para siempre como el titánico lazo de luz y de fe, de raza y de hidalguía, de nobleza y corazón, me habló también de sus intensas impresiones ante los ídolos y las piedras y los bajos relieves de aquellas razas extintas, de inaudita bravura y de bien templado corazón, que morían satisfechas y orgullosas al ir al sacrificio y entregar sus vidas en aras de un supremo ideal: la conservación de razas, de honor, de tradiciones, de ritos y leyendas, de deidades.

Disertó también, con absoluto dominio de elocuencia, acerca de la poesía de las montañas y de los volcanes de mi tierra, en cuyo interior—dice el poeta—parece crepitar aún el fuego sa-

grado de aquellas razas estupendas y primitivas. Describió brillantemente la espléndida y magnífica vegetación de aquellos lugares privilegiados por la Madre Naturaleza, en donde podría decirse que aún alienta y fecunda, en las entrañas mismas de la tierra, la candente lujuria tropical de aquellas mujeres huastecas, frondosas como una palmera y ardientes como el sol del Mediodía.

Una clara visión kaleidoscópica diríase que desfiló ante mis ojos, al escuchar la palabra del insigne vate, precisa y armoniosa, trazando a compás y bajo el ritmo supremo de la idea, maravillosamente expuesta, aquellas imágenes, aquellos conjuntos regionales llenos de vida y de color propios, tan fieles, tan exactos, que me hicieron vivir deliciosos instantes en mi patria misma, porque palpé sus ciudades, sus aldeas, sus bosques, sus montañas.

Y siempre yendo a converger esta charla espiritual e intensa, a un solo punto, a uno solo, luminoso y grande como la estrella polar, como las nieves eternas del Ixtatcihuatl: la unión y la fraternidad ibero-mexicana, que sólo necesita para transformarse de idealismo en realidad, el crisol de la energía, de la perseverancia y de la doctrina bien encauzada.

Pasó más tarde a narrarme episodios históricos de la Revolución mexicana, que los posee y los admira tanto como el mejor de los mexicanos. Guarda para el preclaro varón coahuilense,

símbolo del ideal y de la firmeza de principios de nuestra raza, D. Venustiano Carranza, conceptos tan conspicuos y elevados, que a no ser por la consagración que de este hombre han hecho ya las masas populares de mi República, la historia contemporánea y aun los pueblos hermanos del Continente latino-americano, ellos solos bastarían para consagrar una reputación, un triunfo y un nombre, ya que el sentir del egregio Salvador Rueda es el de todos los buenos españoles que, a pesar de la distancia que nos separa, han vivido y palpado la verdad de esa nueva y generosa conquista que ha realizado Carranza en México entero, y que se llama democracia, autonomía libre y soberana, igualdad de derechos y de principios. No desconoce el insigne Rueda la magnitud que esta labor ha abarcado en nuestro territorio; pues comprende y expresa, con lujo de detalles, cómo esos férreos colaboradores de Carranza, en los campos de Agramante y en los campos de la idea, han podido imperar y triunfar; narra maravillosamente la sapiente labor del ilustre jurisconsulto Manuel Aguirre Berlanga; posee los bajos relieves de la titánica lucha emprendida y realizada por el enorme patriota y divisionario, D. Pablo González, y no desconoce el eficaz contingente prestado en esa lucha armada por Aguilar, Obregón, Diéguez, Alvarado, Cesáreo Castro, Murguía, J. Agustín Castro, Juan Barragán, Treviño, Breceda, Villaseñor, Cárdenas,

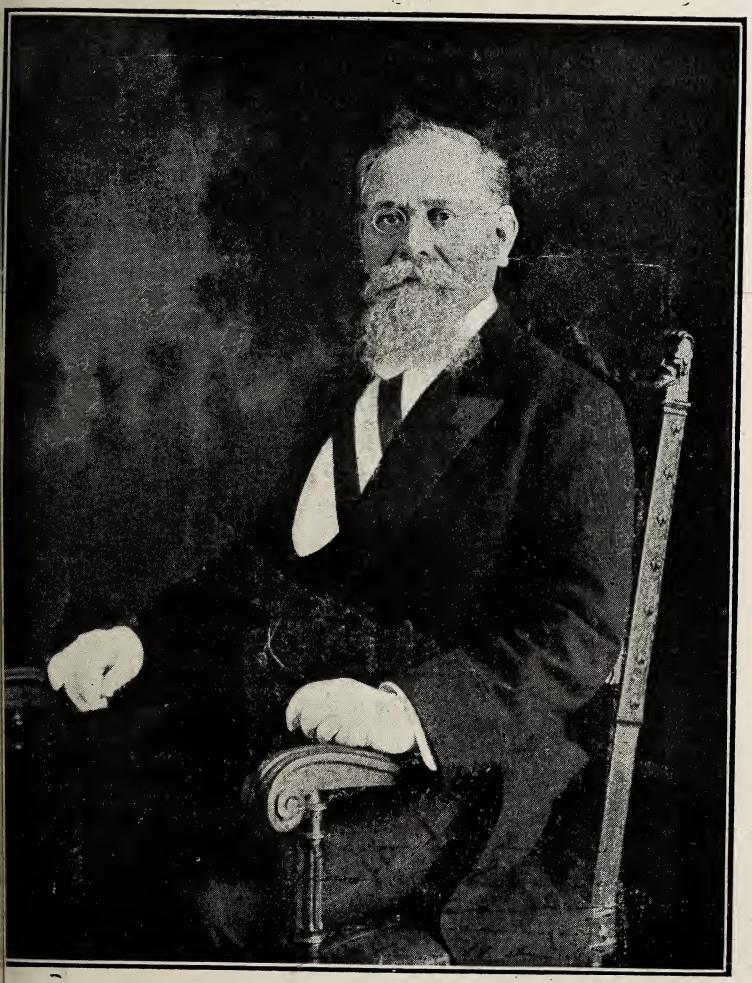
Jara, Maycot, Alfredo Rodríguez, Pesqueira, Arnulfo González, a la Torre, Pilar Sánchez, Cosío Robelo, Ortiz Rubio, Elizondo, Merigo, Campos, Sosa, Aguirre Colorado, Juárez, Azuara y coroneles Gómez Noriega, Medina, Salinas, Domenzain, Morales y otros tantos más, que con sus importantes contingentes han contribuído a la consolidación del orden y del régimen constitucional en México.

*

Me despedí del poeta hondamente conmovido, y con la sensación intensa y el convencimiento de que quizá, en un tiempo no lejano, lleguen a cristalizarse los bellos ideales que en esta entrevista fugaz como un aerolito desprendido del cielo y luminosa como Venus, tuve con el poeta Rueda, el más noble y entusiasta propagandista de ese ideal enaltecedor y bello, que honra a México en España y a España en México.

LUIS ANDRADE.

Madrid, febrero 8, 1919.



DON VENUSTIANO CARRANZA,
PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA MEXICANA.

Don Venustiano Carranza

Caudillo de la Revolución

: : : Constitucionalista : : :

De cuando en cuando aparecen a través de los tiempos y de la Historia, figuras de guerreros, de héroes y de reformadores, que como una milagrosa chispa de luz iluminan las tinieblas que circundan su época y dejan destacar su figura como un relieve gigantesco proyectado intensamente.

En la sombra que circunda la historia de la humanidad, la antigüedad clásica, llena de arquetipos, que hasta las presentes generaciones sirven de modelo y enseñanza, fué próvida en estos superhombres, y desde las conquistas asirias hasta la irrupción de los bárbaros en los lares romanos, una teoría de patriotas, de libertarios y de ilustres patricios, reforma la Historia con narraciones que conmueven el espíritu hasta la más honda emoción. Ya sea la narración de las conquistas de Alejandro, ya la epopeya de los trescientos héroes defendiendo el desfiladero

fatal, ya la marcha triunfal de Julio César, conquistando las Galias y ofreciendo el mundo a su patria, o bien la relación del valor sereno y fuerte de Espartaco, siempre hallaremos entre la ola de torpes apetitos, de ambiciones impuras, de afectos mercenarios y de mostruosas injusticias, a estos superhombres, paladines bravos de una idea noble, que yerguen a través de las edades sus bustos orgullosos, que con la frente levantada contemplan aquilinamente el sol de la verdad y la justicia.

Y por eso cada país consagra un culto lleno de arrebatos y de ciegos cariños a aquellos sus hijos que supieron conquistar por su temple de espíritu, o por su severo concepto de algún ideal, ese broncíneo pedestal, desde el cual las trompetas de la fama lanzan a los vientos de las edades sus más sonoras fanfarrias; y año tras año, en Italia, ante la tumba de Garibaldi; en Francia, en la capilla de Juana de Arco; en los Estados Unidos, sobre el mausoleo de Wáshington, y en Venezuela, sobre el cenotafio del gran libertador Bolívar, todos los hombres acuden con la banbandera patria enarbolada y el himno vibrante en los labios, como el supremo credo de la verdad, a reconfortar y fortalecer su patriotismo en las verdaderas fuentes donde nació, mientras la niñez, esa suprema esperanza de los pueblos, ofrenda con manos inciertas un ramillete de flores y un cántico dulce y emocionado como el trinar del aire en las frondas.

Y mientras en el presente más exalte un pueblo su patriotismo, y mientras más venerados sean todos los héroes nacionales, hasta la idolatría si preciso fuera, será más grande, más digno, más fuerte, y templará mejor su espíritu para las más arduas empresas del presente y del futuro.

Me toca en suerte rememorar en este pequeño folleto, aunque con apariencias y aspiraciones de libro, que entre los países que honran las páginas de su Historia con mayor número de héroes y de superhombres, se halla México. Las páginas de nuestra historia patria no son tal vez otra cosa más que una interrumpida relación de proezas infinitas, primero contra el conquistador, más tarde contra los invasores y, por último, la guerra civil, en persecución tenaz y sin tregua de un ideal redentor: Democracia, Constitución e Igualdad; derechos ya conquistados y consolidados por la última guerra civil, de la que D. Venustiano Carranza ha sido y es el paladín austero. Y desde las lejanas épocas, cuando los ignorados hijos de Aztlán, arribados del Norte, tendieron sus tiendas a la vera de la laguna azul, donde se balanceaban los lirios y las espadañas, este suelo cien veces heroico, se ha empapado en la sangre humeante de mil víctimas, que dieron tranquilamente la vida por el amor a ese suelo marternal, siempre benigno y hospitalario. Y así vemos desfilar la figura pétrea, inconmovible y distante de Cuauhtemoc, el joven em-

perador que murió con una sonrisa en los labios y sin una lágrima en los ojos; y años después, entre la hipnosis de todas las actividades y el letargo de todas las ideas, la figura lilial, sonriente y apacible del buen cura de Dolores, a cuya vera florece una generación de héroes; más tarde, entre el caos más espantoso que registran los anales de nuestra Historia, entre la turba de partidos encontrados, entre la falange de aventureros que se abatían sobre nuestro país, considerándolo presa fácil, entre las persecuciones de un grupo de malos mexicanos, y entre la miseria moral y física que roía al país como un cáncer incurable, aparece el perfil austero del gran patricio Juárez, el benemérito, en quien no se sabe qué admirar más, si la energía de acero de la idea o la inmensa solidez de un espíritu que se adelantó treinta años a su época. Y no son estos todos nuestros ilustres prohombres. En esta última generación, que despierta a la vida después de un letargo invernal de tres décadas, escuchamos el verbo fraternal, conmovedor y sencillo del apóstol Madero, que como todos los profetas, fué sacrificado por el asqueroso Iscariote a la vez que hijo predilecto de Baco. Y por último, reedificando todos los anhelos, satisfaciendo a la justicia burlada y al derecho escarnecido, y entronizando gallardamente, severamente, la paz y el derecho, aparece el perfil grave y fuerte del ciudadano Venustiano Carranza, nuestro actual Presidente Constitucional, cuya obra revolucio-

naria y legislativa ha sido tan grande, tan ardua y tan larga, que indudablemente ha sido más difícil de realizar que la de cualquiera de los reformadores que le precedieron.

Si analizamos someramente la vida de este gran patriota, no podemos menos que sentir un grande, un profundo respeto hacia ella, puesto que es un cumplido ejemplo de energías, de indomables energías y de virtudes cívicas y morales tan grandes como inquebrantables. Levantando airadamente el pendón de la revolución constitucionalista en contra del Gobierno criminal y traidor de Huerta; conduciendo sus huestes de patriotas al triunfo definitivo con todas las serenidades; irguiéndose altiva y bravamente más tarde contra la infidencia y el pseudo gobierno del foragido Villa, y por último, luchando heroica y abnegadamente contra la reacción coaligada con Zapata, el bandolero suriano, Carranza ha llegado a consolidar un Gobierno legal, digno y fuerte, que no sólo merece el respeto de todos los mexicanos, sino el de los países extranjeros, puesto que garantiza las propiedades y los derechos de todos los ciudadanos y de todos los extranjeros, y que desde hace largo tiempo ha comenzado a hacer tangibles y efectivas las sagradas promesas de la magna revolución acaudillada por él. Tal ha sido la intensa y patriótica labor de este gran reformador, que tanto con las armas en la mano como esgrimiendo el Código, es el prototipo del buen mexicano, del gober-

nante digno y ecuánime y del patriota sincero y fuerte. Y sólo así puede comprenderse que nuestro país, que hace apenas cuatro años escasos no tenía al corriente todos sus sistemas ferroviarios, ni circulación metálica, sea ahora un emporio de riquezas, cuente con todos sus servicios ferroviarios y acuñe diariamente, como el más solemne y rotundo mentís a todos los traidores y a todos los malvados, *trescientos mil pesos* en monedas de oro, no circulando en la actualidad ninguna otra especie que no sea la metálica precisamente.

Por eso es grande Carranza, porque ha tenido el don de saber ser profeta y maestro, caudillo y héroe, luchador y patriota, soldado y Presidente.

La Historia, implacablemente, serenamente, ha de juzgarlo, y si en vida ocupa ya un lugar predilecto y honroso ante la conciencia de todos los buenos mexicanos, y de todos los pueblos cultos del mundo, esa Historia indudablemente le reserva las páginas más brillantes, que servirán de orgullo, de ejemplo y de estímulo a las generaciones futuras.

LIC. DON MANUEL AGUIRRE BERLANGA, MINISTRO DE GOBERNACIÓN Y JEFE DEL GABINETE DEL SEÑOR CARRANZA.

El arquetipo del revolucionario culto

: : Licenciado Don Manuel : :

: : : : Aguirre Berlanga : : : :

Cuando la antorcha incendiaria de la Revolución prendió fuego al carcomido Castillo de pasadas dictaduras, cuando el supremo grito de rebelión estalló en el Norte clamoroso y potente como un Júpiter Tonante, muy contados fueron los hombres cultos que aportaron, desde luego, sin vacilaciones ni temores, su contingente intelectual y material. Y fueron pocos, porque la lucha anunciaba muy cruentos días y muy amargas etapas de dolor y de fatigas.

En toda lucha libertaria, en todo esfuerzo peligroso y lleno de asechanzas, son muy contados los hombres verdaderamente decididos y verdaderamente valerosos. Por eso es grande Carranza, porque jamás midió el peligro que corrió su vida. Por eso es el hijo predilecto del Triunfo.

Y entre esa pléyade de hombres vigorosos de espíritu y fuertes de cerebro, se cuenta, y en primera línea, el culto y distinguido abogado D. Manuel Aguirre Berlanga, actual ministro de Gobernación y jefe del Gabinete del Presidente Carranza.

Aguirre Berlanga. He aquí el nombre de un caballero culto y de un verdadero revolucionario. Que si las revoluciones necesitan casi siempre aprovechar en algún terreno a elementos de escasa moralidad y de ninguna cultura, también puede vanagloriarse esta última Revolución de contar entre sus filas a hombres de la talla del Licenciado Berlanga, cuyo cerebro privilegiado y cualidades relevantes lo han hecho acreedor a la alta estimación y respeto de que disfruta entre todos sus compañeros y correligionarios.

El Licenciado Berlanga reune estos tres grandes méritos: el de tener talento y saberlo aprovechar en pro de la causa que defiende: el de conocer todas las leyes y saberlas aplicar con acierto y honradez, y el de haber sido uno de los más leales revolucionarios y más íntegros patriotas, que jamás han manchado su nombre con ningún acto indecoroso.

Uno de los méritos más sólidos y completos de este intelectual, consiste en haber llevado a cabo una amplia labor de reconstrucción en pleno período de devastación. Y su labor adquiere mayores proporciones cuando se hizo cargo del Gobierno de Jalisco en 1914, laborando perso-

nalmente para esa entidad, una profunda legislación, que, además de ser una obra científica, tendió marcadamente a moralizar en todo la administración y el medio social del pueblo. Decretó la abolición de las peleas de gallos, y combatió enérgica y eficazmente el alcoholismo y los juegos de azar.

Fué al Congreso Constituyente de Querétaro por el voto unánime de sus conciudadanos, desarrollando allí una elevada y patriótica labor. Presentó varias importantes iniciativas ante ese alto Cuerpo, que fueron aprobadas con muy pequeñas modificaciones. Encontrándose en Querétero el entonces C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, lo designó como Subsecretario Encargado del Despacho de Gobernación, y al iniciarse el período constitucional el C. Presidente de la República le ratificó ampliamente su confianza, nombrándolo Ministro de Gobernación, donde colabora con acierto, siendo uno de los mejores y más vigorosos factores en la intensa obra de reconstrucción nacional. En el Parlamento es el sostén de las iniciativas que por su conducto somete el C. Presidente de la República a la consideración de las Cámaras, y sus frecuentes y significativos triunfos los ha comentado ampliamente la Prensa de la capital y de la República.

Como publicista se ha iniciado brillantemente; sus estudios jurídicos sobre la Constitución

Mexicana, acerca de Leyes Orgánicas y de reformas a la Administración de Justicia, así como sus escritos sobre diversos temas científicos, especialmente de Sociología y de Derecho Internacional, han visto la luz pública en la Prensa de nuestro país y en algunas otras importantes publicaciones de Norte y Sur América, de las cuales es muy estimado colaborador. Es miembro de varias Sociedades científicas y últimamente ha ingresado en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

El Licencindo Aguirre Berlanga es, entre los púgiles intelectuales de la Revolución, una de las más elevadas y honorables personalidades con que cuenta el Sr. Carranza.

Su honradez y su talento lo han hecho acreedor a la especial consideración y grande confianza del C. Presidente.

El Constitucionalismo, orto glorioso que destella libertades tras de la noche macabra y trágica en que se amasaron la infamia y el crimen, puede estar justamente satisfecho y altamente orgulloso de contar entre sus primeras figuras intelectuales a un hombre de la rectitud y del saber del Sr. Lic. Aguirre Berlanga.

La más estricta justicia (y muy contra la proverbial modestia de este íntegro funcionario), me hace escribir estas líneas y dar a la estampa su efigie, ya que para mí es altamente satisfactorio como revolucionario y como mexicano, dar a conocer en el extranjero a nuestras más altas

y dignas personalidades, que, como el Licenciado Berlanga, aquilatan el doble mérito de haber sabido bien emplear su cultura, su talento y su patriotismo, laborando siempre al lado del honor y de la justicia, que tan cabal y cumplidamente ha sabido sostener nuestro hoy Presidente C. Venustiano Carranza.

Y con el fin de ilustrar más ampliamente el criterio de las clases cultas españolas (muy numerosas por cierto), y que siempre guardan interés por conocer todo aquello que signifique adelanto, civismo y cultura, me permito insertar a continuación el brillante artículo de fondo publicado por el ilustre jurisconsulto D. Manuel Aguirre Berlanga, en el importante diario mexicano *El Pueblo*, de fecha 8 de abril de 1917, titulado «La Nueva Constitución de México». El da una idea más cabal de la obra intensamente evolutiva y revolucionaria del Licenciado Aguirre Berlanga como legislador, y del camino de honor y de verdad que ha seguido la Revolución Constitucionalista.

La nueva Constitución de México

La Revolución Constitucionalista de México, cuyo empuje formidable ha conmovido hasta los lugares más apartados del territorio nacional y llamado la atención del mundo entero por la alteza de las miras en sus actos y en sus doctrinas del orden interior y exterior, depurando lo que hacía daño al pueblo, patentizó lo efímero y deleznable de las bases en que se hizo descansar el régimen dictatorial, tan pequeño en ideales como grande en ignominia, que el país, muy a su pesar, sufrió tanto tiempo.

Los grandes dolores que la clase pobre de Anáhuac ha venido soportando con paciencia digna de mayores usos, desde las antiguas edades de la conquista, porque remóntanse a esos tiempos muchas de sus desventuras, llegaron al punto más amargo con haberla condenado a sufrir todas las dolencias de una administración mercantilista, cuya justicia fué siempre un mercado en que se cotizaban los fallos; la consigna, regla de conducta; los privilegios y canongías, manjares de favoritos; los monopolios en beneficio de los allegados, asuntos de la orden del día; la Constitución, un mito; el pobre, siempre escarnecido y vejado, sin tribunales ni autoridades administrativas que lo oyeran; sin leyes que protegiesen al

)brero y con las mazmorras siempre llenas de supues-
:os murmuradores, sospechosos inventados y trastor-
ıadores del orden público a fuerza, porque censura-
)an justificadamente la conducta del Gobierno o re-
:lamaban con razón el imperio de las leyes. Todo
sto, con las formas democráticas de que hipócrita-
ıente se revistieron los actos del Gobierno, para des-
umbrar con engañosa apariencia al extranjero, pero
ue nunca las pasó inadvertidas el mexicano, no po-
ía subsistir eternamente sin que el pueblo, dócil y
ufrido por atavismo y por carácter, pero también
igoroso y exaltado ante tanta iniquidad, apelara a la
uerra para reconquistar sus derechos y especialmen-
) al de su libertad ultrajada. Tal revolución, que di-
gida por mano fuerte, experta, serena y ungida por
justicia, nos ha llevado a la victoria más completa,
ı todos sus aspectos, rompiendo los añejos moldes
ıe por inflexibles sofocaron algún tiempo el progre-
humano en este jirón de América, plantea las ba-
s de un futuro de paz y de adelantos seguros. Los
ıtos de este magno movimiento regenerador, que
gullosos podemos ofrecer a la nación y mostrar al
ındo civilizado, son la justificación más amplia y
bal de ella y de sus naturales conmociones.

Todas sus promesas, punto por punto, se realizan
r sus hombres. La obra primera y más trascenden-
, que hace mérito a esta aseveración y que encar-
, en principio, las aspiraciones legítimas del pue-
), convertidas en instituciones del Gobierno, es la
ıstitución política de los Estados Unidos Mexica-
s, que acaba de promulgarse solemnemente en toda
República, con aplauso del pueblo.

Esta creación humana sustenta idénticos funda-

mentos y se inspira en los mismos ideales que l
del 57, como que, en tesis general, los problemas vi
tales de la Nación, en su aspecto institucional, ha
sido desde siglos atrás los mismos, con las diferen
cias que, más que en esencia en las modalidades, re
sultan de la acción de los tiempos y de los movi
mientos evolutivos que el progreso, lento, pero irre
sistible, imprime a todas las fuerzas que agitan e
universo; ha sido elaborada al calor de un patriotis
mo acendrado y de intenciones laudables; rind
culto a las conquistas de la Ciencia y del Derech
mas, sin pretender colocarse en el sitial inocupabl
de lo perfecto, sí contiene, seguramente, apartándo
nos de falsas modestias (y sin caer en vanidades
algunos rasgos meritorios en los fastos de la polític
y de la literatura jurídica del mundo, que, hoy p
hoy, ya se le ha tributado en el exterior más de u
elogio.

Obra tan importante fué forjada en los talleres d
tres grandes arquitectos. El del pueblo, cuyas nec
sidades tomaron cuerpo en la opinión, penetraron e
todas las conciencias y manifestándose en forma d
fuerza irresistible, engendraron la revolución pa
alcanzar su objeto; el del artífice que la modeló
producto de su sabiduría, exteriorizó su pensamien
en un cabal Proyecto de reformas que sometiera
los representantes del pueblo, y el de éstos, int
grantes del Congreso Constituyente de Querétar
quienes, después de sujetar el Proyecto a largos d
bates y reñidas discusiones, en que se dieron cita
talento, la erudición, la elocuencia y el patriotism
convirtieron aquel modelo en lo que es hoy ley fu
damental de la República.

Los tópicos dominantes en la nueva obra legislativa ueden sintetizarse en lo siguiente: Civismo y Nacionalismo; aseguramiento del goce efectivo de las arantías individuales y de los derechos del ciudadano; supresión real de los monopolios, prerrogatias, trusts, estancos, privilegios y exenciones de impuesto a título de protección a la industria, concebida n tales términos, que resulte efectiva y práctica; ureza y expedición en la administración de justicia, ara lo cual se ha optado por un sistema que garaniza estas cualidades; guerra al latifundismo y proección dentro de los límites de la justicia a la pequeña propiedad, desarrollándola, y solución del problema agrario nacional, restituyendo sus tierras a los ueblos que las tenían o que las necesiten; campaña ctiva contra el estancamiento del capital y explotaión de las riquezas patrias; salubridad é higiene, ara lo cual se ha creado un departamento con jusdicción en toda la República; protección al obrero, espetando los derechos del capitalista y armonizando mbos intereses conforme a los cánones del Derecho; bertad municipal con las taxativas que señala la aturaleza de esta institución y el sistema de Gobierno del país, y acertada organización política de s tres Poderes en que la Soberanía Nacional se diide para su ejercicio.

❁

En estas orientaciones dominantes, figuran algunas aterias que reclaman mención especial.

El Civismo y el Nacionalismo que se procura tiena a levantar la dignidad del mexicano y, en pre-

ceptos conducentes, fija las bases para desenvolv sus facultades por medio de una instrucción y ed cación adecuadas. Aspira a formar definitivamen ciudadanos fuertes y probos, conscientes de su al misión en la sociedad y de sus deberes en los reg menes democráticos. Señala, además, en su favo una justa preferencia en los empleos en que no s requiera la calidad de ciudadanos, sobre los extra jeros; y también establece prelación respecto a ést en las concesiones, cuando concurran circunstanci iguales. Este Nacionalismo tan acentuado y que no p esto es menos justo, lo motiva principalmente el hec de que, en tiempo de Porfirio Díaz, el mexicano e extranjero en su patria y el extranjero gozaba de m dignidades que el ciudadano de la República. E pues, muy lógica esta prevención, que, por lo dem respeta, en todo, la reciprocidad como principio equ tativo generalmente admitido en estos asuntos.

Esfuérzase el legislador en que la justicia sea efe tiva: se impartirá por tribunales idóneos, selectos aptos por el origen de su designación, retribuídos s ficientemente para que puedan subvenir a sus neces dades y conservar la posición social que reclama s alta dignidad en el Gobierno y su respetable misió en la sociedad; estarán los Tribunales a cubierto d todo vaivén político para sustraer esta important prerrogativa del Estado de las pasiones políticas, puedan administrar justicia a los miembros de la co lectividad que la reclamen, lo mismo al mahometan que al judío, igual al rico que al pobre, al liberal qu al conservador, al amigo del Gobierno que al que dentro de los límites del Derecho, censure sus actos como que en esta función sublime del Poder públic

no debe detenerse en averiguar las calidades y circunstancias de las personas; insensible a todas influencias, examina quién tiene derecho y a ese se le otorga; no distingue dignidades, sino da a cada quien lo que le pertenece. Una estricta ley de responsabilidades para los jueces garantiza a la sociedad la recta aplicación de los preceptos legales, y castiga con penas propias, adecuadas y eficaces, al magistrado que no corresponda a la confianza que la ley, como emanación de la soberanía nacional, le ha depositado. Si se cuida que el personal reuna las condiciones requeridas por el sistema, habrá buena administración de justicia en México. Lástima grande que no se hubiera completado la obra estableciendo la designación de sus miembros, de manera que la autoridad que los nombrare, aunque fuese colegiada, no estuviese en sus atribuciones el removerlos.

Es también digna de señalada referencia la cuestión obrera tratada en el nuevo Código bajo el rubro: «Del Trabajo y de la Previsión social». Consagra uno de sus capítulos más interesantes a la solución del tópico tan debatido del trabajo, que eternamente ha ocupado la atención de los filósofos, moralistas, jurisconsultos y estadistas del mundo.

En el terreno de las instituciones fundamentales, cábele el honor a la Legislación mexicana de haber elevado, muy merecidamente, a la categoría de preceptos de Ley Suprema, los problemas del Capital y el Trabajo, en que una parte de la Humanidad es actor y la otra demandado, pero por entero atañe a la sociedad universal. En esta materia, los criterios parece que ya se ponen de acuerdo con las concepciones del derecho; y como movimiento mundial

irresistible, el capitalista, que hasta ayer era desdeñoso con su adversario, cede a la fuerza de la razón y de la justicia.

La ley, al tocar este asunto de vitalidad nacional, sienta las bases inconmovibles para resolver los conflictos del capitalista y del trabajador, bases que respetarán la ley Orgánica y todas las disposiciones que tengan relación con los problemas de esta índole. Se ocupa del salario mínimo, de las horas de trabajo, del descanso obligatorio, de los servicios de los menores y de los que no deben prestarlos; del trabajo femenino, según su edad y su estado; de la remuneración, que deberá ser bastante, conforme a cada región, para satisfacer las necesidades normales de la vida del obrero, su educación y sus placeres honestos, considerándolo como jefe de la familia; de la higiene en las actividades obreras, de las indemnizaciones a que el trabajador tenga derecho, etc., y de la manera de resolver las diferencias entre patronos y obreros, estableciendo como lícitos el paro y la huelga, pero *sub conditionem*, esto es, sujetándose a los requisitos fundamentales que habrán de satisfacerse para que sean procedentes.

En nuestro medio, esta conquista es un tanto atrevida y no está exenta de escollos en la práctica, como no lo está ninguna innovación por sencilla y justa que sea, cuando es trascendental. Encontrará la resistencia de los conservadores; pero, de hoy en más, la labor del individuo, su iniciativa, su talento, tanto en el capitalista como en el trabajador, serán cabal o equitativamente recompensados; cesará la explotación del pobre y morirá para siempre, por ley de conservación inevitable, la práctica injusta de

muchos que por inútiles o perezosos para regentear hábilmente su capital, tenían rendimientos exiguos, que aumentaban disponiendo de parte de lo que en la producción corresponde al trabajador, a este factor de la riqueza más importante que el capital mismo, cuando se sabe aprovechar el concurso de ambos elementos.

Para dar cima a este artículo, debo parar mientes en el problema mejor resuelto en la Constitución de Querétaro. Me refiero a la reforma política introducida con la organización y funcionamiento del Poder Público, que es, propiamente, la esencia de una ley constitucional. La acertada distribución que se ha hecho de las facultades y deberes que competen al Legislativo, Ejecutivo y Judicial, separadamente, aseguran el equilibrio entre ellos y evitan las frecuentes invasiones de los atributos de uno por el otro, y con estas providencias queda garantizada la marcha armónica del complejo mecanismo de la administración republicana. Esta conquista, juntamente con la obtenida al implantarse el Municipio Libre, alcanza proporciones de un valor inapreciable, que contribuyen intrínsecamente a mantener la estabilidad de las instituciones.

M. Aguirre Berlanga.

SEÑOR GENERAL DE DIVISIÓN DON PABLO GONZÁLEZ,
JEFE DEL CUERPO DEL EJÉRCITO DE ORIENTE.

Una de las más prominentes figuras del Constitucionalismo

Div. Don Pablo González.

Pocos son aquellos hombres que alcanzan el pináculo del merecimiento y del respeto de todos sus contemporáneos después de una serie interminable de esfuerzos encauzados hacia un solo fin, más aún, si este fin es eminentemente patriótico y abnegadamente bello.

La interesante y bizarra figura del divisionario D. Pablo González, que es en la República mexicana, y aun aquí mismo en Europa, más que el arquetipo del ejemplar revolucionario y del cumplido caballero, el símbolo del bien entendido patriotismo y de la lealtad, merece muchas más páginas de honor y de historia de los actos ejemplares de su vida; pero ya dije en otra ocasión que la premura con que he mal trazado este folleto, me impide alcanzar esa íntima satisfacción.

Don Pablo, como afectuosamente le llaman propios y extraños, fué durante la lucha armada,

uno de los más sólidos baluartes de la causa Constitucionalista, por la cual ha laborado con suprema abnegación patriótica y arrestos y templanza admirables y poco comunes.

Cincinato, el Emperador romano, del que narra la Historia que se le postuló para mandatario mientras apacentaba su ganado en las colinas de la heredad paterna, es el ejemplo del que triunfa sin luchar; Garibaldi, el héroe de cien jornadas y el difusor de admoniciones nuevas y de luchas encarnizadas, es el arquetipo del prohombre que sabe alcanzar los merecimientos de propios y de extraños, a base de gigantescos esfuerzos, que comprenden no solamente la disciplina moral, sino la disciplina militar, más importante, más severa.

Y entre estas dos clases de hombres, a quienes el triunfo corona con sus lauros, unos porque son hijos predilectos de esa tutela que hemos convenido en llamar el Hado, y otros, porque sus bravos esfuerzos los lleva a la meta del triunfo, se destaca con relieves gigantescos, entre estos últimos, la figura del divisionario D. Pablo González.

Solamente quien sea versado en achaques revolucionarios, y sepa cabalmente apreciar la magna obra de este infatigable colaborador de D. Venustiano Carranza, podrá apreciar el dinamismo de todos sus esfuerzos y la marcada significación de su ecuanimidad en todos sentidos. La diversidad de problemas encomendados

a su resolución y estudio, en el terreno militar, y la urgencia de los mismos, han sido y son una labor magna, que haría flaquear el cuerpo y el espíritu más bien templado y el cerebro mejor organizado. Sin embargo, tanto las facultades morales como materiales de D. Pablo, han podido vencer todo ese angustioso dédalo de complicados problemas y de dificultades. No intento ni esbozar siquiera el enorme cúmulo de esfuerzos que la pericia y el tacto político de este íntegro divisionario han tenido que desarrollar en todas sus campañas, porque esta labor requeriría no sólo un gran espacio material, sino una amplísima documentación que no tengo a la mano.

Aquí en España, en Madrid muy especialmente, he escuchado muy elogiosos conceptos para este gran patriota. Muchos ilustres iberos tienen tanto de él, como del Sr. Carranza, un elevado concepto, que más que honor, les hace justicia, puesto que todos sus actos norman un ideal.

De Don Pablo González escuché, con júbilo, una estupenda narración de varios simpáticos españoles recién llegados a ésta.

Uno de ellos decía gráficamente: «Don Pablo llevó para la toma de México, todo lo que allí se necesitaba: disciplina, soldados aguerridos, tacto político y pan.»

Efectivamente, una de las más gloriosas y brillantes páginas de su vida militar, está concentrada en la toma de la capital, cuando allí sólo

reinaba el hambre y la anarquía. Esta obra, por demás complicada y árdua, que en manos de cualquiera otro militar de su rango hubiera fracasado, significó para él un triunfo perdurable y grande, que aún está latente en todos los mexicanos y extranjeros, que guardan para él admiración y afecto.

Mucho me complace haber oído en España tan elocuentes conceptos para este caballeroso y viril correligionario, que con sus nobles actos y su hidalga bizarría, ha sabido conquistar lauros, simpatías y respetos, que honran a mi patria dentro y fuera de ella.

Y como éste son los hombres que la patria necesita. *Mens sana in corpore sano;* patriotas en la acepción más completa del vocablo, dispuestos y decididos siempre a hacer de su vida un apostolado de la noble idea, y no declamadores oportunistas que huyen y esquivan cualquier esfuerzo, cuando llega la hora suprema de la verdad y del sacrificio.

Como uno de los detalles concretos de la lealtad, patriotismo y recto criterio de este íntegro divisionario, transcribo a continuación la brillante renuncia que hizo al dejar de pertenecer al Partido Liberal Constitucionalista, que dolorosamente extravió sus miras patrióticas y su ecuanimidad, aunque actualmente dicho partido no guarda ya ninguna importancia, puesto que se han segregado de él, los más valiosos elementos revolucionarios que lo formaban:

El Gral. Don Pablo González reprueba la política del Partido Liberal Constitucionalista

Tacubaya, D. F., diciembre 18 de 1917.

Señor Secretario del Partido Liberal Constitucionalista.

México, D. F.

Muy Señor mío:

Atentamente pido a usted se sirva dar cuenta a la Asamblea, con la presente:

Cuando a punto de darse por terminado el período revolucionario preconstitucional, se presentaba ante el país la perspectiva de volver al régimen de las instituciones, y surgía la necesidad de que los ciudadanos nos alistáramos para el ejercicio de las funciones democráticas, tuve el honor de ser uno de los iniciadores de la formación del Partido Liberal Constitucionalista, con el anhelo de ver constituída por los más distinguidos revolucionarios y por los mejores elementos de la Nación, una organización política seria, prestigiada y consciente, que orientara sanamente la opinión pública, agrupara dispersas energías de valiosos elementos nacionales, y nos llevara a todos, en una forma disciplinada y eficiente, a ser factores útiles en la

reconstrucción de la Patria y en el afianzamiento del régimen democrático, apenas iniciado después de tremendos sacrificios.

El Partido respondió en un principio a estos ideales, y tuvo por ello las simpatías del pueblo. Mas desgraciadamente, lejos de reforzarse las primitivas tendencias de unión, consolidación nacional y desinteresado patriotismo, ellas fueron siendo olvidadas, para dar cabida a intolerancias disolventes, a pasiones obcecadoras y a egoísmos reprochables. En el seno del Partido las cuestiones personales se han puesto por encima de los intereses generales, la estrechez de criterio ha sustituído a la amplitud de miras, y el factor envenenado del despecho asoma dominante en los acuerdos colectivos del grupo, en los que sólo debieran brillar la serenidad y la justicia.

Digo esto por la actitud de sistemática oposición que han asumido los miembros del Partido Liberal Constitucionalista, muy especialmente en el seno de la Representación Nacional; oposición que traspasa los límites de la crítica autorizada, para exhibirse como un prurito de hostilidad perfectamente definido, contra la delicada labor de consolidación y de crédito, que penosamente realiza nuestro Gobierno en las difíciles condiciones que lo rodean, y que todos conocemos.

Para los que pretendieron tacharme con el vergonzoso mote de incondicional, porque sos-

tengo lealmente una situación y un régimen, y reprocho la obstrucción sistemática, debo advertir que no me espanta la obstrucción política que se haga a un Gobierno, ni pretendo que el actual Gobierno de México sea infalible en todos sus actos, e incapaz de cometer faltas y errores. Lejos de mí semejante absurdo. Lo que yo deseo, es que al señalar esas faltas y errores, hombre o partido, se mantenga en el límite de la crítica razonada, para que pueda ser oído con respeto, o levante públicamente bandera de rebeldía, si sus intenciones son sublevarse, si su tendencia no es simplemente hacer observaciones a un régimen establecido, sino derribar ese régimen para sustituirlo por otro.

La actitud de desenfrenada oposición, asumida por el Partido Liberal Constitucionalista en los precisos momentos en que dos obcecados jefes militares arrojan sobre sus nombres la vergüenza de sublevarse contra el Gobierno constituído; actitud que solivianta los ánimos, que da pábulo a versiones alarmistas y que origina en el país y en el extranjero rumores de un posible cambio de régimen, cuando no tenemos ni un año en el presente período constitucional; esta actitud de ciega hostilidad en momentos especialmente difíciles, la juzgo, sinceramente, reprochable, y como no quiero contribuir a que se me considere, ni siquiera por una sospecha, solidario de tan poco patriótico proceder, aunque de hecho hace tiempo que estoy separado

del Partido Liberal Constitucionalista, hoy me considero en el deber de presentar mi renuncia como miembro de dicha agrupación, exponiendo claramente los motivos en que la fundo.

Si hay entre nosotros quienes, olvidando los inmensos sacrificios sufridos y las tremendas enseñanzas recibidas, todavía pretenden derrocar el Gobierno legalmente constituído, por medio de la rebelión armada, yo, que no he pasado a ciegas por dolorosas etapas revolucionarias, que tengo en cuenta la situación general del país, en el interior y ante el extranjero, que me extremezco de pena y de rubor por mi Patria, ante la consideración de que se repitiera con Carranza el caso de Madero, y nos mostráramos definitivamente incapaces en México de vivir en un régimen constitucional sin trastornarlo con una nueva revolución; yo, que conceptúo que nuestra redención política está en la transmisión pacífica del Poder y que estimo patriótico señalar a un Gobierno legal sus defectos, pero nunca rebelarse contra él, porque entonces no acabarán jamás las convulsiones revolucionarias, ni se ensayarán en busca de perfeccionamiento las prácticas democráticas; por todas estas consideraciones, por convicción honrada y profunda, estoy resuelto a sostener leal y firmemente al régimen actual, en el período que, conforme a la ley le corresponde, y considero incompatible esta actitud con la que públicamente ha asumido el Partido Liberal Constitucionalista, y que es, en concep-

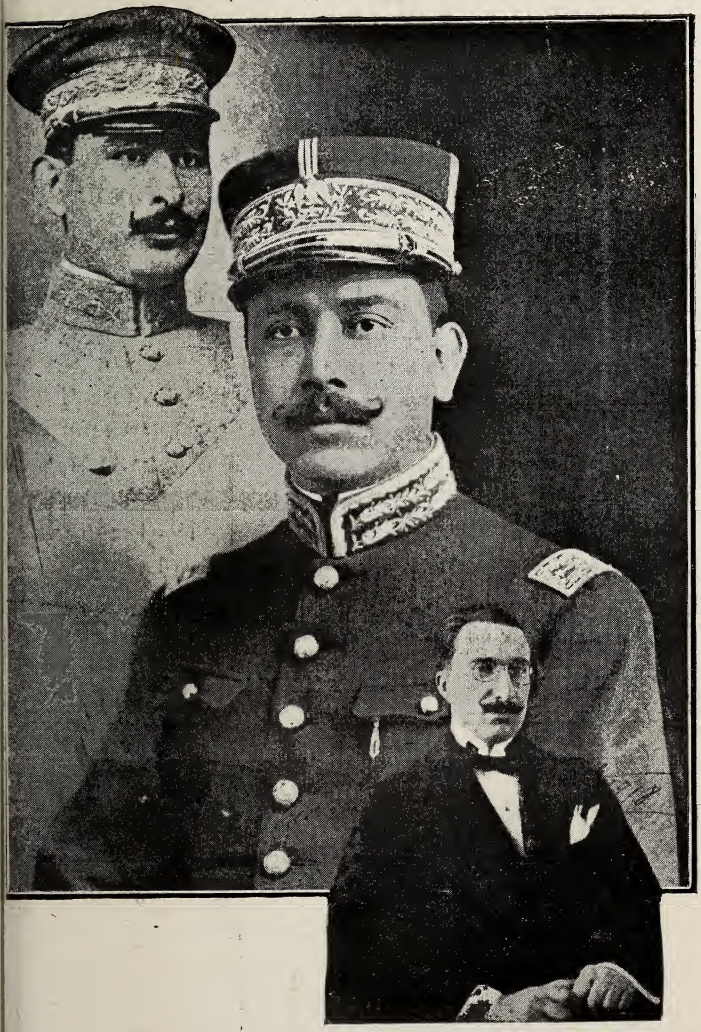
to general, de abierta hostilidad y de obstrucción sistemática al Gobierno constituído.

Gusto de las situaciones definidas y las actitudes claras, a efecto de que también se asuman franca y valientemente las responsabilidades que correspondan. Por esto he sido tan explícito en la justificación de mi renuncia y me complacería, por interés público, que con este motivo el Partido Liberal Constitucionalista, ante la vergonzosa rebelión de Coahuila, definiera si está con el Gobierno Nacional, aunque sin renunciar al derecho de señalarle sus defectos dentro de los límites correctos, o si aplaude y ayuda la defección de los jefes militares que han faltado a su honor y a su deber, posponiendo el interés y el crédito de la República entera a sus personales disgustos políticos y a sus irrefrenables anhelos de venganza.

Esperando, por el prestigio del Partido, que logre dominar sus pasiones y reconocer que ahora, más que nunca, debe ser la serenidad y la prudencia las que normen el criterio de nuestros hombres públicos para conseguir positivamente el bien del país, tengo el honor, señor Secretario, de hacer a usted presentes las seguridades de mi personal consideración y suplicarle las haga extensivas a todos los miembros de la Asamblea.

Soy de usted afectísimo, atento y s. s.,

P. González.



1.—SEÑOR GRAL. DON JESÚS AGUSTÍN CASTRO, JEFE DE OPERACIONES EN EL ESTADO DE VERACRUZ. 2.—SEÑOR GRAL. DON CÁNDIDO AGUILAR, MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES. 3.—DON FEDERICO JIMÉNEZ O'FARRIL, SECRETARIO PARTICULAR DEL SEÑOR MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES.

La cuna de la Independencia mexicana.

Fué en el pequeño pueblecito del Estado de Guanajuato, cuyo caserío apenas blanquea entre el verdor de las enramadas y los campos labrantíos. Allí, en la iglesia rural llena de silencio devoto y de sombras, con su campanario vetusto roído por los años, la sacristía desierta y fría, y las imágenes cubiertas de ex-votos y alumbradas por la llama vacilante de las lamparillas.

Tal fué la cuna de la Independencia Mexicana; tan humilde y sencilla como el varón que por vez primera sintiera latir en sus venas la sangre en precipitado impulso, al grito sonoro de ¡Libertad! Y allí, en el pueblo humilde escondido entre los frondajes y los maizales del Bajío, parece flotar todavía algo del espíritu de nuestro libertador, del Padre de nuestra Patria.

A su clamor de libertades se agrupó a su égida toda una falange de abnegados luchadores y de héroes que, agitando el flamígero pendón de la manumisión, hicieron temblar el vetusto solio de los reyes, clamando libertad para el indio, para

el criollo y para todos los hijos de nuestro suelo próvido y hospitalario. Y el milagro se hizo; ríos de sangre noble empurpuraron las campiñas y el grito de muerte de la guerra atronó los aires durante once años, al terminar los cuales, México era independiente y entraba a la vida libre de país autónomo y soberano.

Esta es, seguramente, la etapa más grandiosa y solemne de nuestra Historia patria; por encima de la épica grandeza de la muerte de Cuauhtemoc, por encima de todos los acontecimientos de nuestra historia contemporánea, se destaca esa era de lucha santa y noble, que ningún mexicano puede rememorar sin la más honda emoción. Todos los caudillos que supieron dar su vida por la libertad de su Patria tienen el prestigio miraculoso de los mártires: Morelos, muriendo en San Cristóbal; D. Vicente Guerrero, con su magnanimidad de leyenda; Mina, el Quijote de la libertad; Jiménez, pagando con la vida su impulso heroico, y Allende y Aldama, severos y fuertes, ponen en el espíritu la emoción de todo lo sublime y son los altos ejemplos en que debemos fortalecer el amor patrio, puesto tan frecuentemente en subasta pública en estos tiempos.

Como esos hombres, debemos amar a la Patria; sin venalidades torpes, sin alardes ruidosos ni claudicaciones oportunas. Serenamente, hondamente, y estar dispuestos en cualquier minuto de la vida a tomar su defensa con denuedo y

verdadero valor. Y no solamente honrarla y reverenciarla en los campos de batalla, que después de todo no son siempre el palenque del patriotismo, sino dignificándola con trabajo, con cultura, con amor fraternal a los nuestros, y con una línea de conducta que nos enaltezca ante los propios y nos haga respetables ante los extraños. El día que, unidos indisolublemente, emprendamos la marcha triunfal y segura por la senda del progreso, habremos hecho por nuestra Patria tanto como hiciera el más reverenciado de nuestros prohombres.

Ahora más que nunca debemos estimular el amor patrio, levadura de todas las heroicidades y genitor de todas las grandes conquistas, para que ese mismo pueblo afirme cada día más su devoción a la Patria y sea capaz de servirla y defenderla en toda la medida de sus fuerzas. Debemos inculcar en el alma popular un verdadero fanatismo por nuestras glorias, y moldear el espíritu del niño, del habitante de los campos y del obrero de las ciudades; debemos desterrar el falso extranjerismo de que muchos mexicanos adolecen y que les hace sentir admiración por cualquier cosa que venga de fuera, sean conceptos, leyendas o ideas, y estimar que en nuestra patria todo es mediocre. Debemos acabar con la plaga de patrioteros de comedia, que predican sin el ejemplo y que se venden al mejor postor en el mercado que sea. Debemos ser respetuosos para con nosotros mismos y apoyar a nuestro Gobier-

no, que es la única garantía de mejora y de paz sólida y efectiva.

Y si así lo hacemos, un sol de promesas, de libertades y de grandezas iluminará espléndidamente la tierra de Anáhuac, y el vaticinio sublime de nuestro himno se habrá cumplido para siempre: podremos exclamar ante el ara invicta de nuestro pendón, con la frente levantada a los cielos y la emoción más honda en el corazón:

> Piensa ¡oh Patria querida! que el cielo
> un soldado en cada hijo te dió.

ON VENUSTIANO CARRANZA Y DON MANUEL AMAYA,
CTUAL JEFE DEL PROTOCOLO DE LA SECRETARÍA
DE RELACIONES EXTERIORES DE MÉXICO.

Un viejo revolucionario y un revolucionario viejo.

: : Don Manuel Amaya : :

La Revolución Constitucionalista, que ha sido sin duda alguna el impulso más fuerte y unánime que ha conmovido nuestro suelo en la última etapa de vida nacional, cuenta entre sus invictas filas con hombres de espíritu recto y levantado que han sabido apurar la copa de todos los heroísmos, y han sabido pregonar la hidalguía de todas las noblezas. En sus falanges militan los valientes, los patriotas y los justos, como en las huestes que marchaban a las guerras de las cruzadas militaban todos los hidalgos y todos los caballeros de la Cristiandad.

Desde la epopeya lancinante de Don Jesús Carranza pereciendo a manos de los foragidos con una altiva sonrisa en su rostro venerable, hasta la heroica defensa del Ebano que nos recuerda el desfiladero de las Termópilas, y hasta la épica grandeza de la jornada ilustre de Celaya, la Revolución, acaudillada por el patriota

coahuilense, ha sido cuna de grandezas de espíritu y de fuertes enseñanzas, jamás desmentidas por la traición o la cobardía; todas las noblezas de alma han sido sus aliadas, y ese grupo de hombres que recorrió triunfalmente la República reinstalando el orden y ejercitando la más sagrada de las vindictas, se nos antoja una compacta hueste de condores que, levantado su vuelo glorioso sobre las cimas de las altas montañas patrias, contemplando de cara al sol de la justicia y batiendo sus potentes alas hacia la ansiada meta de libertad del pueblo mexicano, asombró a propios y a extraños con la indómita bravura de su esfuerzo.

Voy a referirme ahora a uno de los hombres que ocupan un puesto más honroso y digno entre todo ese cortejo de buenos mexicanos; a un hombre que supo sacrificar, sin alardes ni suficiencias, su bienestar, sus intereses y su tranquilidad, por el bien supremo de la Patria. Lleno de los honores y la paz que concede una vida de ímprobo trabajo y de honradez, sintió vibrar intensamente su corazón al llamado supremo del clarín que en las llanuras del Norte proclamaba la muerte del Mártir de la Democracia, y convocaba a todos los hijos de México en derredor de la bandera de la legalidad; sin egoísmos burgueses y sin cálculos de ningún género, con la espontaneidad de todo aquel que sencilla y llanamente marcha a cumplir un deber, puso sus facultades, sus intereses y su vida al servicio de

la causa justa, de la que fué desde entonces el más leal y abnegado servidor.

Queremos referirnos a Don Manuel Amaya; su nombre, harto conocido en la frontera, ha sido siempre sinónimo de honradez y de patriotismo verdadero y acendrado; cuando los batallones de la Usurpación, en júbilo bellaco y criminal, celebraban orgiásticamente la caída del Gobierno Constitucional del Sr. Madero; cuando la Prensa mercenaria auguraba a la Revolución una vida de un mes escaso, prometiendo a sus prohombres los más espantosos castigos, y cuando la opinión pública, debilitada y pervertida, veía entronizarse el Gobierno del crimen con una indeferencia punible, el austero patriota Don Manuel Amaya abandonaba su hogar, sus negocios y su ciudad, para engrosar el contingente de los que unos meses más tarde harán huir a playas extranjeras, con el rostro descompuesto por el terror, a los sátrapas del Poder.

Dotado de la serenidad y la templanza de los que están llamados a figurar en la página de honor de los patriotas, tuvo como primer rasgo al abrazar la causa Constitucionalista, el gesto hidalgo de ofrecer el total de su fortuna personal para el triunfo de ella. Mientras algún tendero o mercachifle anatematizaba la Revolución por la pérdida de unas cuantas monedas que le ocasionaba, y mientras la burguesía insaciable clamaba desesperada en contra de la causa del pueblo

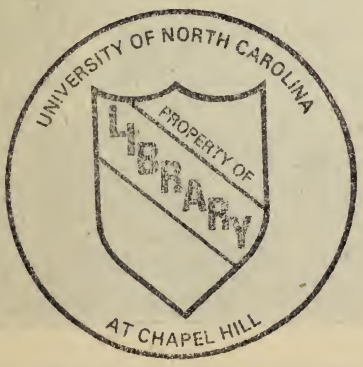
que le impedía continuar en su inveterado pillaje, Don Manuel Amaya tomaba tranquilamente su capital, considerable en todos sentidos, y lo ofrendaba para la salvación del decoro y del honor de la Nación.

Y no es este su único lauro, aunque este bastaría para hacerlo acreedor a todos los respetos; más tarde, al lado del entonces Primer Jefe, colaboró infatigablemente; primero, por el triunfo de las armas; más tarde, por el derrocamiento de la traición, y ahora, en la era Constitucional, por la dignificación de nuestra Patria en el extranjero, y la reinstalación del orden en todas sus fases.

Al frente actualmente del Protocolo, ha desarrollado todas sus actividades para estrechar las relaciones que nos unen a los países extranjeros, habiendo tenido su labor óptimos frutos, entre las mil y una dificultades que desde el punto de vista internacional nos han agobiado en los últimos tres años, Don Manuel Amaya ha sabido sortear los escollos con un buen sentido, con una perspicacia y con una honradez ejemplares, defendiendo en todos trances el decoro y el honor de la Nación con la firmeza que cumple a un patriota como él. Sin dejarse llevar de apasionamientos o intemperancias de momento, consecuente con todos y conciliador por excelencia, ha sabido, sin embargo, obligar a todos igualmente a respetar el buen nombre de México, y a conceder a nuestra Patria el puesto honroso a

que tiene amplio derecho en el concierto de las naciones.

Tal es a grandes rasgos la silueta de este patriota; si nadie como él podría enorgullecerse de sus méritos, nadie como él es modesto y sereno. Y por eso he titulado este artículo, al recortar su cabeza blanca y erguida, con el rubro de: «UN VIEJO REVOLUCIONARIO Y UN REVOLUCIONARIO VIEJO».


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

1.—SEÑOR GRAL. DE DIVISIÓN DON SALVADOR ALVARADO, EX-GOBERNADOR DEL ESTADO DE YUCATÁN Y JEFE DE LAS OPERACIONES MILITARES EN LOS ESTADOS DE CHIAPAS, TABASCO Y CAMPECHE. 2.—DON CARLOS CASTRO MORALES, ACTUAL GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DE YUCATÁN. 3.—LIC. DON ALVARO TORRE DÍAZ, SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO DEL MISMO ESTADO.

Un Hombre y su Obra

General Don Salvador Alvarado.

Con motivo a la entrega del Poder que al Señor General D. Salvador Alvarado, Gobernador interino del Estado de Yucatán hizo al Gobernador Constitucional Sr. D. Carlos Castro Morales, el ameritado divisionario rindió ante la Legislatura Local de la Península un informe de su gestión gubernamental, acatando un artículo de la Constitución política del Estado. Este informe al que voy a referirme, y que comprende la labor del General Alvarado a partir del año de 1915 hasta el día primero del presente mes, es no solamente un documento lleno de interés, sino que marca una etapa en el verdadero advenimiento de los ideales revolucionarios, hechos positivos y tangibles. En él de manera sobria y precisa, se lee toda la historia del adelanto de una rica porción de la República Mexicana, realizado paciente e inteligentemente por un hombre que lleva en sí el triple mérito de la compe-

tencia, la honradez y la lealtad a la causa de que ha sido infatigable paladín. El informe del General Alvarado señala una norma y una ruta bien precisas, y es como el complemento de las ofertas de la Revolución, hechas carne y vida en las manos de un digno hijo de la Patria, que sin ambiciones y concesiones oportunas ha buscado, en la zona que gobernó durante tan largo tiempo, protección y defensa a la sociedad, adelanto y cultura a las clases obreras y la reinstalación de ese verdadero espíritu de democracia y fraternidad que son el credo revolucionario.

A sus detractores venales, a los plumíferos que tratan de opacarlo pagados por el oro de la reacción, contesta lacónicamente el General Alvarado no con razonamientos ni con palabras, sino con el aplastante informe en que solamente figuran HECHOS y CIFRAS. Así es como los hombres de verdadero mérito saben hundir en el fangal del desprestigio a los que por unas cuantas monedas los deturpan con iras cómicas; la Historia, que es el único tribunal que juzga definitivamente a los hombres después de pasiones de momentos y de animosidades de partido, sabrá recordar eternamente a los hijos de Yucatán, lo que fué para ellos el General Alvarado, y lo que supo hacer por su mejoramiento social, económico y moral.

Y ahora, anotemos algunos de los más sobresalientes puntos del informe a que nos venimos refiriendo, para que el lector aquilate y juzgue,

Desde el Estado de Campeche—dice el General Alvarado—dirigí al pueblo yucateco un manifiesto, destinado a moralizar la confianza en la Revolución Constitucionalista, contra la que sus enemigos habían acumulado falsedades y cargos; más tarde expedí otro desde la población de Valladolid, y después de una serie de decretos que tendían a la moralización y el orden, pude considerar totalmente pacificado el Estado. La infidencia del rebelde Arturo Garcilazo me obligó a emprender una excursión al lejano territorio de Quintana Roo; disueltos los elementos inconformes, y pacificada aquella región, pudo por último estimarse que la península, por tanto tiempo agitada por las convulsiones sociales, entraba de lleno en una era de paz, que hasta ahora no ha sido perturbada en ningún sentido.

La reinstalación del orden y la realización de los ideales promulgados por la Revolución, fué mi mayor preocupación, habiéndose reorganizado desde luego el servicio de tranvías y ferrocarriles, lo mismo que las oficinas públicas en todos sus ramos. El servicio telefónico, que se hallaba en estado deplorable, se encuentra a la fecha bastante completo, habiéndose construído 108 kilómetros de líneas nuevas, que han alcanzado preferentemente las más importantes poblaciones de los Partidos de Mérida, Maxcanú y Tekax.

Las cuatro casas que ocupaban el Colegio Ca-

tólico de San José, han sido convertidas en el espléndido plantel que lleva por nombre Escuela Vocacional de Artes y Oficios; se han hecho reparaciones o reconstruído 53 escuelas de primera enseñanza, a las que he dedicado atención preferente, y los edificios de la Biblioteca Cepeda, Palacio de Justicia, Casa Municipal de Chablekal, Casa Municipal de Acanceh, ex Sacristía de Santiago, La Ermita, Cuartel de Caballería de Mérida, Comisaría Pablo Moreno, Cuartel de Dragones, Depósito de Alcoholes, Inspección General de Policía, Dirección General del Catastro, Contaduría Mayor de Hacienda del Estado y Asilo Ayala, han sido objeto igualmente de reparaciones casi totales y de mejoras higiénicas completas.

Infinidad igualmente de edificios públicos y de avenidas y calles, han sido objeto de cuidadosas reparaciones, contándose entre los más hermosos edificios nuevos que a la fecha posee Mérida, el construído en el antiguo edificio del Arzobispado, y que hoy es el Ateneo Peninsular. En la construcción de este edificio, y del Pasaje de la Revolución, arco monumental construído a la entrada de la Plaza de la Independencia, se han gastado un millón cuarenta y ocho mil pesos de la emisión Veracruz y doscientos ochenta y cuatro mil pesos oro nacional.

Durante los dos años nueve meses que abarca mi Gobierno, he expedido en total 753 decretos,

algunos de ellos de gran transcendencia social, entre los que se hallan el prohibitivo de las corridas de toros, la ley del Divorcio, las leyes Agrarias, los de Enseñanza Rural, del Estado Seco, el Código del Trabajo, concesión de pensiones a los buenos servidores del Estado, desconocimiento de tutelas y curatelas, reformas al Código civil, creación del Departamento de Educación pública y leyes sobre la misma materia, concentración de las Escuelas Normales de varones y señoritas; creación de las Escuelas de Agricultura, Vocacional, Bellas Artes, Artes Domésticas y Arte y Oficios, ley sobre la prostitución, ley orgánica del Hospital O'Horán y Asilo Ayala, ley de Hacienda, ley de expropiación de bienes, reorganización de la Comisión Reguladora del Mercado de Henequén, institución que ha sido altamente benéfica a todos los elementos trabajadores y capitalistas del Estado, y multitud de disposiciones legislativas que han sido de utilidad práctica y efectiva.

Las leyes agraria y de enseñanza rural, inspiradas en un sentimiento de protección incondicional hacia el trabajador de los campos y de los hijos de éste, ha sido observada constantemente, lo mismo que la ley del Estado Seco, por medio de la cual he combatido con todas mis fuerzas la terrible lacra social del alcoholismo, que tantos daños causaba en todas las clases sociales de Yucatán: y el Código del Trabajo destinado a reivindicar los derechos de los trabajadores fué

puesto en vigor desde diciembre de 1915, corrigiendo muchos abusos y beneficiando al proletario.

Se han fundado durante mi administración, 110 bibliotecas públicas, en casi todas las ciudades de importancia del Estado, y se ha dedicado una preferente atención a la mejora cultural de la población indígena; la escuela llamada «Ciudad Escolar de los Mayas» y otros establecimientos similares han llevado a los hijos del Estado de origen indígena, el pan espiritual de la instrucción, que nunca habían tenido a su alcance, y por último tratando de implantar entre ellos el salvador hábito del trabajo, se ha fundado una Caja de Ahorros, que a la fecha posee ya un fondo bastante considerable.

Tanto el servicio de policía, como el de registro civil, catastro y demás, han sido reorganizados y aumentados hasta completarlos debidamente, la Inspección de Salubridad pública, dotada de elementos suficientes, practica actualmente visitas de inspección a todos los establecimientos públicos, contando con un gabinete de vacuna antivariolosa y otro de vacuna antirrábica, que presta sus servicios a los habitantes de los vecinos Estados de Campeche, Tabasco y Chiapas.

La reorganización económica de Yucatán ha sido la mayor de mis atenciones, habiendo logrado mejorar en todos sentidos el valor de la producción del Estado, cuya principal riqueza

es el henequén, con la reorganización de la Comisión Reguladora del Mercado de Henequén, corporación destinada a regular el precio de esta fibra en los mercados extranjeros; a la fecha, esta Compañía ha logrado subir el precio del henequén desde uno y medio centavos oro americano la libra, precio a que se vendía en marzo de 1915, hasta diez y nueve y un cuarto centavos oro americano, precio que alcanza actualmente. Los giros expedidos por la Reguladora, desde que se estableció la venta de éstos, alcanza la cifra de más de 49 millones de dólares. Por último, y con objeto de atraer hacia esta zona tanto el capital nacional como el extranjero, se ha fundado la Compañía de Fomento del Sureste de México, con un capital de 100 millones de pesos oro nacional, del cual se halla suscrita ya por el mismo Estado, una buena cantidad. Los primeros trabajos de esta Compañía han sido el establecimiento de una línea de navegación entre Progreso y Nueva Orleans, la creación del Banco Refaccionario, la mejora de los procedimientos para el beneficio del henequén, la creación en Progreso de un puerto con todos los adelantos modernos, y la perforación del primer pozo de petróleo del Estado. Tratará también de adquirir el control de los ferrocarriles del Estado, y de crear nuevas vías férreas que lo una a las diversas regiones del país con las que está incomunicado.

Creo haber hecho una labor útil al Estado

que me ha sido encomendado gobernar, y a la Patria que he servido con leal y profunda devoción.»

Después de esta somera relación huelgan comentarios; los hombres como el Señor General Salvador Alvarado son muy raros, y su obra se destaca con proporciones gigantescas en la Historia de la reconstrucción nacional; recordamos, al trazar su silueta, la frase del orador ateniense: «Tu mejor elogio es tu biografía». Y la del General Alvarado, es un admirable ejemplo de eficiencias y de patriotismo.

Nuestros Hacendistas.

Lic. Don Luis Cabrera
-: y Don Rafael Nieto :-

He aquí los nombres de los dos conspicuos hacendistas que han manejado todos los caudales de la Revolución, primero, y los de la Secretaría de Hacienda, después.

Su labor y su obra ha sido tan comentada como discutida, y ya se sabe que todo aquel funcionario público que tiene bajo su custodia los bienes de una Nación o de una colectividad representativa, forzosamente tiene que soportar sobre sus espaldas el peso enorme de la opinión pública, que casi siempre gusta más de prejuzgar, que de juzgar; de zaherir, que de razonar.

En México, como en España, por lo que he observado, ocurre exactamente lo mismo, cuando se trata de los hombres que tienen sobre sí la responsabilidad de un Ministerio. No parece sino que un funcionario público de alta significación, es el blanco de todas las inquinas y el espejo donde van a reflejarse todas las pasiones.

Claro es que en ciertas ocasiones hay fundada razón para que ese tropel de apetitos sacien su hambre de verdad y de justicia, pero la mayor parte de las veces, si no siempre, un Ministro es el tipo elegido por propios y por extraños, por compañeros y por advenedizos, para clavar en él las garras de la calumnia. Yo me imagino que a un Ministro delicado y recto, en la acepción más cabal, debe molestarle desde usar el auto o el carruaje del Gobierno, en vez del suyo propio, por el temor al qué dirán aquellos mercachifles, aquellos Ravacholes de utilería, que no usan ni botas ni conciencia, pero que, en cambio, exclaman cuando ven pasar a un Ministro: —¡Mira qué gordo está y qué cómodo camina a nuestras costillas!

Sin ir muy lejos: el día que se celebraba en el Palacio Real de Sus Majestades la felicitación y el besamanos del Rey Don Alfonso XIII (que Dios guarde), con motivo de su onomástico, yo, modesto demócrata, que observaba entre la masa compacta del pueblo agolpado en las inmediaciones del Palacio Real, la entrada y la salida de carruajes que conducían a todo lo más granado y valioso de esta noble Villa y Corte, pude escuchar los más variados comentarios y las más agudas ironías. El pueblo de aquí, es como el de todas partes; se recrea buscando una ocasión propicia que le permita el agradable entretenimiento de desmenuzar al prójimo. Esto es tan humano como cierto; por eso el funcio-

nario público de significación, es el avocado a los diferentes tópicos de la charla mordaz o del chiste emponzoñado; pero muy por encima de todas estas humanas y justas divagaciones está el buen criterio y la verdad razonada.

Yo creo sinceramente que la labor desarrollada en mi patria por los conspicuos hacendistas Señores Don Luis Cabrera, Ministro de Hacienda y Crédito Público, y Don Rafael Nieto, Subsecretario de este mismo importante Ministerio, ha sido acertada bajo todos conceptos, máxime que, a pesar de los grandes trastornos sufridos por la última conmoción social y militar, los Presupuestos del Erario Federal han estado siempre cubiertos, y las Aduanas, Administraciones del Timbre y principales dependencias de este Ministerio, funcionando con toda regularidad.

Por lo demás, el Licenciado Luis Cabrera, es una personalidad dentro de la Revolución, lo mismo que Don Rafael Nieto. Ellos han sido eficaces colaboradores de nuestro actual Ciudadano Presidente, y su actuación, llena de esfuerzos muy plausibles, ha contribuído a restaurar el sistema económico en todo el país, así como el buen crédito de nuestra Nación.

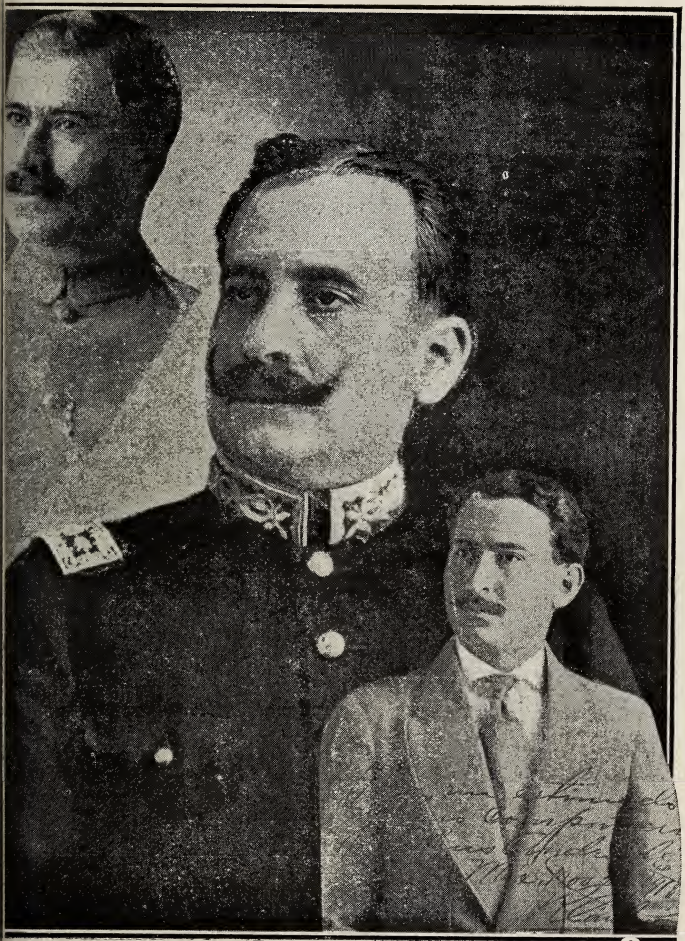
Don Domingo González.

Entre los muchos funcionarios públicos que con su acertado y recto esfuerzo cooperan actualmente al mejoramiento efectivo del país y a la reinstalación definitiva del orden, figura de manera relevante el Sr. D. Domingo González, que funge actualmente como Administrador Aduanal en la población fronteriza de Nuevo Laredo, Tamaulipas. Esta estación aduanal, la más importante del Norte de la República, ha sido administrada ejemplarmente por este funcionario, que ha dado cumplidas y cabales muestras de su probidad, su honradez y su patriotismo, en la gestión que ha hecho en defensa de los intereses del Fisco. Dotado de un celo infatigable, no solamente ha mejorado positivamente el servicio en general de esta importante oficina, sino que ha entablado una verdadera campaña en contra de los contrabandistas de todos géneros; como un dato que muestra irrefutablemente los ópimos resultados de la labor de D. Domingo González, citaremos el hecho de que su infatigable vigilancia ha hecho descubrir tanto por él como por sus subalternos, grandes cantidades de

moneda metálica nacional, que diversos traficantes trataban de pasar clandestinamente por la Frontera.

Como en virtud del nuevo acuerdo a este respecto, la exportación de especies metálicas ha quedado prohibida, y todas las cantidades de dinero que se recojan serán decomisadas y aplicadas al Erario Nacional, D. Domingo González ha entregado fuertes cantidades de dinero al Gobierno, como resultado de su celo en el cumplimiento de su deber.

Viejo y leal defensor de los ideales revolucionarios, se ha preocupado intensamente porque el personal de sus oficinas reuna no sólo el requisito de honradez y competencia, sino que todos y cada uno de sus subalternos, esté perfectamente identificado con el actual Gobierno, y prueba patente de ello son los últimos contrabandos descubiertos, gracias a la estricta vigilancia ejercida en esta Aduana, y a la honradez sin tacha del íntegro Administrador y cumplido revolucionario.



—DIVISIONARIO DON CESÁREO CASTRO. 2.—GRAL. DON
ORO VILLASEÑOR. 3.—GRAL. DON RAFAEL CÁRDENAS.

Una bizarra figura de la Revolución mexicana

El General Don Pedro Villaseñor.

La causa Constitucionalista que ha sido la causa del Derecho, de la Justicia y de la verdadera Libertad popular, hoy consolidada en Gobierno por el sufragio efectivo y el voto entusiasta del pueblo mexicano, necesitó para llegar a la aspirada ruta del triunfo, apoyarse en pilares sólidos, en doctrinas sanas y nobles para que el edificio maestro de sus libertades fuese siempre airosamente sostenido en todos sus ángulos. Una de las más bizarras figuras de la Revolución mexicana que supo denodadamente combatir por ese supremo ideal, tan tenazmente perseguido por tantos y tantos abnegados luchadores, es indudablemente la del General Don Pedro Villaseñor, cuyo recio temple y patriotismo le hace acreedor hoy día al respeto y estimación de todos sus correligionarios.

Puede decirse de este genuino revolucionario que tantas veces se jugó la vida, que en sus venas corre la sangre heroica de nuestra Raza y que en su pecho alienta un alma de romano.

Aquí en España, donde no se tiene un concepto de la pujanza y la abnegación que encierran muchos elementos jóvenes de los que tomaron parte activa en la Revolución mexicana acaudillada por el insigne patriota Venustiano Carranza, es menester, aunque sea brevemente, hacer resaltar una de estas interesantes figuras militares, y se me antoja, por el conocimiento que tengo de su vida y de sus hechos de armas, que el General Don Pedro Villaseñor puede ser el arquetipo del militar bravo y joven que ahora trato de dar a conocer.

Villaseñor abandonó hogar, tranquilidad y fortuna, para lanzarse a la escabrosa conquista de un ideal. Ni el confort de su hogar paterno ni la riqueza de sus familiares, tuvieron el poder de sujetarle. Despreció tranquilidades y aceptó gustoso amarguras y zozobras, porque su espíritu altivo le impulsó a esa lucha por la Igualdad y el Derecho, en la que ha prestado tan importante contingente como general y como organizador.

Su rectitud, ha sido la fuerte coraza donde han ido a estrellarse todas las flaquezas humanas. Ni el poder ha logrado marearle ni el oro ha podido corromperle. Firme como la roca Tar-

peya, ha sabido resistir todos los embates de la lucha y de la vida.

Es un leal colaborador y subordinado de nuestro digno Presidente, para quien siempre ha guardado una profunda admiración y a quien reputa como el más gran paladín de la Democracia.

Citar las victorias del General Villaseñor en los campos de la lucha, sería labor muy larga, y la premura con que está hecho este folleto me impide tener esa satisfacción. Básteme decir que ingresó en el Ejército en el año de 1912, formando el Cuerpo «Carabineros de León», y, de entonces a la fecha, sus numerosos hechos de armas, su grande espíritu de guerrero y de organizador, le han hecho conquistar palmo a palmo ascensos y prestigio.

Atendiendo a sus méritos y lealtad, el C. Presidente de la República le ha conferido muchas y muy honrosas misiones, que siempre ha cumplido con rectitud y acierto.

De positiva importancia han sido las operaraciones militares llevadas a cabo por Villaseñor en Puebla, San Martín, Los Frailes, Cholula, Atlixco, Puente de México, Covadonga, Chavarría, Tepejí, Santa Ana Acatlán, Hacienda de Portezuelo, del Pópulo y otros puntos más que escapan a mi memoria. En los fuertes de Loreto y Guadalupe, en Puebla, ha sostenido brillantes jornadas, dignas de un estudio más amplio y detallado.

Ahora veamos el espíritu cultural de este bizarro revolucionario. Villaseñor siempre se ha preocupado por la cultura de sus tropas y de su oficialidad, de la que el Coronel Morales forma parte principalísima. En Tehuacán, Estado de Puebla, tiene instalada una gran Escuela, en cuyas bien dispuestas aulas reciben diariamente instrucción todos los elementos militares que son a su mando, bien numerosos por cierto.

«La cultura es el principio de la disciplina», ha dicho este inteligente militar, que tiene la virtud de saber organizar, no solamente batallones de soldados, sino también de ideas por demás plausibles.

Con su propia obra ha sabido forjar patria y conquistar victoria.

Es un mexicano digno y un militar pundonoroso, que con el acero de su espada y el temple de su espíritu ha sostenido siempre el triunfo de la Legalidad y del Derecho.

Los Establecimientos Fabriles Militares.

Su Director, el General -: Don Rafael Cárdenas :-

Nada más importante y trascendental para un país como México, que la reciente instalación y buen funcionamiento de los Establecimientos Fabriles Militares en la República.

En las épocas dictatoriales en que sólo se pensaba en enriquecer a los amigos predilectos de aquel régimen, la adquisición de toda la indumentaria y pertrechos necesarios para la oficialidad y tropa del Ejército, se hacía en el extranjero, otorgando concesiones onerosas por todos conceptos al Erario. Actualmente se ha logrado, con la creación de estas nuevas e importantes dependencias, elaborar en nuestra propia casa, por decirlo así, todos los elementos bélicos que antes nos venían de fuera.

El Director de estos bien organizados Departamentos, lo es el Sr. Gral. Don Rafael Cárdenas,

uno de los elementos más jóvenes e intelectuales que ha dado la Revolución.

Los esfuerzos realizados por el Gobierno para la implantación y desarrollo de los mismos, han sido bien grandes, y a la férrea voluntad de nuestro actual Presidente, se debe este paso tan grande hacia el progreso.

La intensa labor orgánica y administrativa desarrollada por su Director, el Gral. Cárdenas, ha sido el mejor y el más brillante impulso dado a estas grandes dependencias.

Las ventajas que con ellas se reportan a nuestro Ejército son bien grandes, pues se confeccionan diariamente de mil a mil quinientos equipos completos para la tropa, y todos los uniformes necesarios para la oficialidad. La manufactura y acabado de los mismos puede decirse sin ambajes que es irreprochable y perfecta.

Cuenta, no sólo con centenares de máquinas *ad-hoc* para cada cosa, sino con un bien organizado ejército de obreros expertos, de ambos sexos. El Gral. Cárdenas es autor del Reglamento interior, orgánico y administrativo que rige en aquellos grandes talleres, almacenes y oficinas. Es verdaderamente complicado su mecanismo, y a pesar de tener este gran organizador legiones de obreros y empleados a sus órdenes, todo camina allí cronométricamente, agregando en elogio justísimo hacia nuestros obreros y mecánicos, que su capacidad es superior a la de cualquier extranjero. Para dar una

idea más precisa de la importancia que revisten dichos Establecimientos, haré una relación de las dependencias con que cuenta:

Dos Fábricas de Cartuchos.

Dos Fábricas de Pólvora.

Un Laboratorio de Municiones, donde se elaboran las granadas, bombas y explosivos.

Dos Fábricas de Armas, con todos los elementos modernos.

Una Maestranza de Artillería, donde se fabrican alzas, cierres, colimadores, niveles y, en fin, toda clase de piezas, para artillería de todos calibres.

Una Fundición Nacional, donde se hacen toda clase de máquinas, por ejemplo: Ranuradoras, máquinas de embutir, de cabecera, de conizar, de alveolar, y toda clase de elementos que necesiten las demás fábricas en general.

Un Departamento de Construcciones Aeronáuticas, donde se fabrican desde motores hasta hélices.

Una Escuela técnica de Aviación.

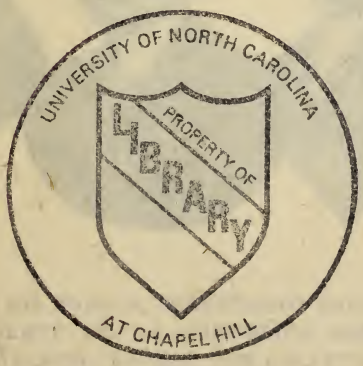
Entre los talleres, se encuentran los de costura, los de calzado, los de caramañolas, sastrerías de Jefes y Oficiales, así como una gran curtiduría.

❁

Y esto, que significa nada menos que la elaboración perfecta de todos los elementos indispensables para la defensa de nuestra Patria y

de nuestras instituciones, se debe a la infatigable iniciativa del Señor Don Venustiano Carranza y a la perseverancia, talento y brillante organización del Señor Gral. Don Rafael Cárdenas, quien ha contribuído como eficaz colaborador e intérprete de nuestro actual Presidente, al desarrollo y progreso de esta grandiosa Institución, que viene a afirmar y a consolidar los principios más sagrados de la Revolución Constitucionalista, puesto que México ya no es un país inerme, y puede, en cualquier caso, sostener su inalienable soberanía e integridad nacionales.

Perfiles de la juventud intelectual revolucionaria.



Perfiles de la juventud intelectual revolucionaria.

1.—DON PEDRO GIL FARIAS, SECRETARIO PARTICULAR DEL C. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA MEXICANA. 2.—DON LEÓN AILLAUD. 3.—LIC. DON CALIXTO MALDONADO. 4.—LIC. DON MARCELINO DÁVALOS. 5.—DON DOMINGO GONZÁLEZ. 6.—DIPUTADO DON MARIANO URDANIVIA.

General D. Juan Barragán.
: : : D. Pedro Gil Farias : : :

Para expresar gráficamente la idea que me sugieren estas dos interesantes figuras de la Revolución Constitucionalista, que han llegado a la meta del triunfo después de una serie de esfuerzos intelectuales y materiales a toda prueba, diré que son una línea recta precisa y bien trazada.

Revolucionarios sinceros y poseídos de los altos ideales que perseguía la noble causa Constitucionalista, la abrazaron con todo entusiasmo y desinterés, habiendo llegado a ocupar, tanto el General Barragán como el Sr. Gil Farias, puestos de una gran significación militar y política, ya que el primero es Jefe del Estado Mayor Presidencial, y el segundo Secretario particular del mismo C. Presidente, puestos que vienen desempeñando con verdadero celo y acierto poco comunes.

Diría yo de los distinguidos correligionarios Barragán y Gil Farias que son dos jóvenes que saben y que piensan como viejos; jóvenes por su edad, pero viejos por su ecuanimidad. Serenos

y reposados, cultos y caballerosos, han tenido el talento de captarse generales simpatías y el respeto y el afecto de sus subordinados.

El señor Presidente, D. Venustiano Carranza, tiene depositada en ellos una grande y merecida confianza, ya que sus virtudes cívicas y morales los ha hecho acreedores a tal distinción.

El General Barragán fué postulado Gobernador de San Luis de Potosí, y triunfó por abrumadora mayoría, siendo muy estimado en ese su país natal, donde ha desarrollado una próspera y meritoria labor. Actualmente goza de una licencia que le concedió el Congreso local para hacerse cargo de la Jefatura del Estado Mayor Presidencial, donde se encuentra en funciones.

A pesar de sus pocos años, han logrado ocupar puestos tan importantes como los indicados, que en otras épocas sólo se concebían en manos de viejos patriarcales, y de una severidad irritante, que imponía, más que respeto, terror, y más que simpatía, pánico; eran efectos teatrales buscados por los hombres de otras épocas, que tenían un concepto tan absurdo como mezquino de lo que realmente significa el dinamismo intelectual de la juventud en puestos semejantes que requieren no sólo cultura, sino una energía vital a toda prueba.

Chausal, el eterno Secretario del eterno Presidente, necesitaba de la ayuda de los tónicos después de ocho horas de trabajo diario; era el Secretario viejo y el viejo Secretario. Gil Farias y

Barragán trabajan catorce y diez y seis horas diarias y jamás necesitan sus espíritus de alientos, ni sus cuerpos de reconstituyentes.

La Revolución ha tenido la virtud de imponer no sólo nuevos sistemas, sino nuevos hombres; hombres jóvenes con la madurez cultural de muchos viejos, pero con la energía y la potencialidad física de la juventud que todo lo puede, que todo lo aprende y que todo lo llega a alcanzar.

Por eso el General Barragán y el Señor Gil Farias, en sus respectivos puestos, de tantas y tan delicadas labores, son el Poder representativo de lo que vale y significa la culta juventud revolucionaria.

Barragán trabajan catorce y diez y seis horas diarias y jamás necesitan sus espíritus de adentro, ni sus cuerpos de reconstituyentes.

La Revolución ha tenido la virtud de imponer un sello, nuevas sucesiones, sus nuevos hombres: hombres jóvenes con la [illegible] de muchos viejos, pero con la energía y la potencialidad fuera de la juventud que todo lo puede, que todo lo aprende y que todo lo llega a alcanzar.

Por eso el General Barragán y el Señor Gil Farías, en sus respectivos puestos, de tantas y tan delicadas labores, son el Poder representativo de lo que vale y significa la culta juventud revolucionaria.

Lic. Calixto Maldonado.

Hé aquí el nombre de uno de los más connotados Campeones de la juventud intelectual de la Revolución Mexicana.

Puedo decir sin ambajes, ni torpes halagos, que el Lic. Calixto Maldonado, ha logrado destacarse marcadamente entre la pléyade de viriles y talentosos abogados y periodistas de la juventud revolucionarios, que como Antonio Mediz Bolio, Ramón Beovide, Jesús Rodríguez de la Fuente, López Velarde, Miguel Gómez Noriega, Luis Almogavar, Gonzalo de la Parra, Mariano D. Urdanivia, Medina Hermosilla, Gamiochipi, Ignacio Baeza, Valladares, Novelo, y otros muchos más, han sabido conquistarse sitios de honor y de significación.

La obra intensa desarrollada por el Lic. Calixto Maldonado, tanto en la palestra del periodismo revolucionario, como en el vasto campo de la literatura y crítica de arte, así como también en el de la abogacía, merecen la atención y el estudio de todos aquellos que hemos tenido la oportunidad de ver y de juzgar su obra sin apasionamientos ni envidias.

Dotado de un talento que pudiéramos llamar químicamente puro—valga la frase espontánea y gráfica—y de una cultura amplísima, es el arquetipo del pensador joven que tiene el don de troquelar ideas nuevas.

Calixto Maldonado es un alma de niño con un cerebro de filósofo y un temperamento de Cirano. Quizá el análisis o la clasificación que hago ahora de este joven pensador mexicano, parezca complicado o poco elocuente; pero así es, puesto que una gran parte de su obra intelectual ha sido anónima, o, al menos, conocida bajo otra u otras firmas, de aquellas que conquistan una reputación pensando con cerebro ajeno. Es un pródigo de la idea, un Quijote de la vida diaria y un infantil y fraternal camarada que lo mismo sabe de enjugar lágrimas que de prodigar sonrisas, de sentir afectos que de experimentar conmiseraciones.

La sonrisa franca y amable, es el gesto de su cara; la idea, el de su cerebro; la bondad, el de su alma. Lo mismo derrocha el talento que el dinero; profesa la creencia de que ambas cosas deben prodigarse.

Cuántos y qué bellos escritos, promociones, iniciativas, sentencias judiciales, brillantes discursos, delicadas prosas, viriles editoriales, críticas serenas y profundas, alegatos y folletos admirables, han pasado por mis manos, campeando en todas sus obras un sello de elocuencia y cordura, de ciencia y de equidad.

Lástima grande que toda su obra esté desparramada aquí y acuyá, sin que se pueda precisar dónde empieza y dónde terminará.

Algunos amigos suyos, cuando le sugirieron la idea de compilar su obra periodística, literaria y jurídica, tuvo esta modesta y bella frase: «A qué ponerme a hilvanar mis pequeños esfuerzos de hoy, si nada podrán enseñar mañana».

❁

Y así este ilustre abogado mexicano que lejos de ser un egoísta, es un despilfarrador de talento, encerrado en su corteza de hombre naturalmente sencillo, innatamente modesto, vive sin más preocupaciones que sus libros y sus lecturas, sus flores y sus aves.

El tesoro de su hogar lo constituyen un viejecito admirable y venerable, su padre; una esposa ideal y una regia biblioteca.

1.—COR. DON PAULINO FONTES. 2.—LIC. DON JES
RODRÍGUEZ DE LA FUENTE. 3.—LIC. DON AMADO CANT
MENESES. 4.—LIC. J. AGUIRRE BERLANGA. 5.—GRAL. D
ALFREDO BRECEDA. 6.—DON CARLOS B. ZETINA. 7.
DON ERNESTO PERUSQUÍA. 8.—GRAL. DON JOSÉ M. ROD
GUEZ, PROMINENTES REVOLUCIONARIOS QUE SE HAN D
TINGUÍDO POR SU TALENTO Y LABOR PATRIÓTICA.

Gral. Don Alfredo Breceda.

Hijo de una de las más acomodadas familias del Norte de México, ingresó a la Revolución desde el preciso instante en que el preclaro caudillo de la Revolución Constitucionalista, Don Venustiano Carranza, desconoció, siendo Gobernador del Régimen Maderista, al traidor Huerta.

Sin medir jamás el peligro, desde los primeros instantes en que la Revolución se inició, hasta en sus más árduas empresas, el hoy General Breceda siempre estuvo y ha estado a la vera del Señor Carranza, ocupando puestos tan delicados como honrosos.

Cuando se redactó y firmó el Plan de Guadalupe, que es la Carta Magna de la Revolución, él tomó parte muy directa, siendo de sus primeros firmantes. Ha ocupado puestos tan importantes como los de Secretario particular del Señor Carranza, Gobernador interino de San Luis Potosí y Saltillo, Director de los Establecimientos Fabriles Militares, Gobernador del Distrito Federal y otros, más de no menos significación.

Es un recto espíritu templado y hecho para las grandes empresas. Posee una amplia cultura

y un claro talento. Es el tipo del revolucionario *gentleman* y del *gentleman* revolucionario.

En sus diversos viajes por Europa, desempeñando delicadas comisiones encomendadas a él por el Señor Carranza, ha hecho magníficos estudios y ha adquirido nuevos y vastos conocimientos.

Durante su estancia, aquí en España, cosechó grandes amigos y grandes simpatías. Muchísimas personalidades de Madrid, tanto sociales como periodísticas y literarias, me han hecho muy calurosos elogios de su talento y de sus virtudes personales.

Breceda, el gentil amigo y el vehemente revolucionario, puede estar satisfecho, no sólo de su obra dentro de la Revolución, sino de su obra por Europa, donde ha tenido el tino y el acierto de dejar hondas y gratas impresiones, que si a él lo acreditan a nuestro país lo honran.

Coronel Don Paulino Fontes.

El movimiento revolucionario que con fe de vidente y energías de titán encabezara en Coahuila en febrero del año de 1913, el hoy Presidente de la República mexicana, Don Venustiano Carranza, movimiento que al triunfar definitiva y radicalmente quedó cristalizado en Gobierno legítimo, emanado del voto popular, ha sido pródigo en hombres excepcionales, que en las distintas ramas del saber humano, tanto en las artes como en las industrias y en las ciencias, han sabido dar prestigio y gloria a nuestra patria, y que son como el trofeo de todas las victorias conquistadas y de todos los derechos conquistados.

Uno de estos hombres excepcionales, por sus conocimientos técnicos y por sus personales energías, es el Coronel Don Paulino Fontes, actual Gerente de los ferrocarriles mexicanos de Veracruz al Istmo, Nacional de Tehuantepec, Pan-Americano y Veracruz a Alvarado, de quien puede decirse que tiene bajo su dirección y custodia cinco de las redes ferroviarias más importantes en la República mexicana.

La labor realizada por el Coronel Fontes en estos ferrocarriles no ha podido ser ni más acertada ni más progresista. Constantemente hace viajes de inspección por todos los sistemas que son a su cargo, introduciendo e implantando grandes mejoras en beneficio del público y de la administración de los mismos.

Como ferrocarrilero profesional es muy respetado en toda la República, y como revolucionario tiene una brillante hoja de servicios, prestados a la patria en días cruentos y de prueba.

Es un grande y respetuoso admirador de la obra del Señor Carranza, a quien conceptúa como el genuino representante de las aspiraciones nacionales.

Cerca del Coronel Fontes están otras interesante figuras de revolucionarios y colaboradores del mismo, como son los señores Diputado Don Rafael Zerecero, un culto y un intelectual, lo mismo que el Señor Don Guillermo A. Woruer. También laboran acertadamente en tan importante labor los Señores Don Manuel Muñoz, Don E. G. Castrejón, Coronel Barrera y Don José Paz.

Ing. Don Ramón Beovide.

Se trata ahora de uno de los más cultos revolucionarios que han prestado su valioso contingente al movimiento revolucionario, y que por su obra técnica cerca del General Don Salvador Alvarado, ha logrado destacarse, ocupa un lugar preferente y de confianza cerca del prestigiado Divisionario.

Sus obras de ingeniería, sus trabajos literarios, científicos y periodísticos, son dignos de un estudio y de un comentario que no podría hacerse en unas cuantas líneas, sin pecar de insensato. Como políglota y matemático admirable, tiene también hechos trabajos tan interesantes como intensos.

Posee todos los idiomas y una grande inventiva que ha de darle en tiempo no lejano un nombre en el mundo civilizado. Al salir de México estudiaba un invento genial, del que todo mexicano ha de sentirse orgulloso.

Este exquisito batallador de la idea, es uno de los paladines contemporáneos del saber hu-

mano en todas sus amplias manifestaciones, y un abnegado revolucionario, que sin medir peligros, ni detenerse ante el camino de la ambición, ha aportado su valiosísimo contingente, tan útil como benéfico.

Es un hombre al que admiro, humana, intelectual y culturalmente hablando.

::::: Ignacio Baeza :::::

De ese bravo batallón de apuestos y viriles jóvenes de la mejor sociedad mexicana, que abandonaron hogar, tranquilidad y hasta rentas propias, para lanzarse a la Revolución, Don Ignacio Baeza es indudablemente una de las figuras más apuestas y gallardas. También se trata ahora de un intelectual y de un renombrado periodista y autor famoso, que ha conquistado en México sonados éxitos, lo mismo en el periodismo que en el teatro. Como escritor festivo-irónico es actualmente de los primeros, y todos sus trabajos son apreciadísimos por el público metropolitano, que conoce sus alcances y su temperamento de artista. Ocupa actualmente un lugar honroso en el Estado Mayor del Divisionario Don Salvador Alvarado, que lo rodean colaboradores intelectuales de la talla de Baeza, del Ing. Beovide, del experto Domenzain, del muy culto Lic. Don Gustavo Arce y otros más.

Baeza me ha manifestado con entusiasmo sus deseos de dar a conocer en esta poética y culta España algunos de sus trabajos literarios. Cuando esto sea, que espero será en breve, podrá juzgarse verdaderamente su obra.

Coronel Don Luis Amiera

He aquí a otro cultísimo y vehemente revolucionario que ha laborado incesantemente cerca del General D. Pablo González, quien guarda para él estimación y confianza.

La labor del Coronel D. Luis Amieva durante los cruentos días de la toma de México, fué abnegada y plausible. Siempre ha sabido, en el desempeño de sus funciones, dar amplias garantías a la sociedad, y su recto criterio lo ha hecho acreedor a la estimación y respeto de todos sus correligionarios.

Pertenece a una de las más acomodadas familias de la capital, y en la sociedad tiene un puesto preferente y honroso.

Todos los que hemos tratado a este caballeroso revolucionario, no podemos menos que concederle un amplio criterio, una exquisita educación y una carrera honrosa y llena de perseverancia y esfuerzos.

Don León Aillaud.

Entre los más hermosos documentos que la Revolución de 1910, lega a la posteridad como enseñanza y ejemplo, quiero reproducir uno, que tanto por los conceptos que encierra, por el buen revolucionario que lo firma como por la fecha cruenta en que fué escrito, merece conservarse como una cumplida ejecutoria de revolucionarismo, de exaltación patriótica y de sincedrida profunda.

El documento aludido dice a la letra: «Señores Delegados de la Prensa Asociada de los Estados:—Puede un estado social ostentar todas las apariencias del progreso y de la vida, cuando en el fondo lleva la realidad de la disolución y de la muerte. México, nuestra hermosa Patria, presentó el año pasado ese fenómeno. El Centenario de nuestra Independencia dió ocasión para mostrar al mundo un Gobierno fuerte y rodeado de grandezas; pero bastó que una voz viril y

enérgica protestara contra los vejatorios procedimientos políticos del Poder, que desconocía los derechos del pueblo, sacudiendo su letargo, derrocara en cinco meses una administración personalista de treinta años. Tal fué la obra de la última Revolución; Madero la proclamó, el pueblo le dió su sangre, la Prensa su pensamiento. De esa Revolución procede mi Gobierno; a esa Revolución amo, y con sus ideales estoy identificado. En ella tenéis vuestra parte, señores periodistas, y por esto es que con el triple carácter de gobernante, de revolucionario y de hermano, os dirijo mi saludo, felicitando a la Prensa honrada e independiente, de la que sois dignísimos representantes, y por las hermosas libertades que en patriótica colaboración hemos logrado conquistar.» Este documento, firmado por el Sr. D. León Aillaud el 1.° de noviembre de 1911, y cuando este defensor de la causa del pueblo fungía como Gobernador Constitucional del Estado de Veracruz, se dirige a la Prensa de los Estados, como una excitativa patriótica y confortante, hacia todo lo que signifique conciencia honrada de revolucionario y amor a las instituciones libres. Y estas palabras sanas, fuertes y sinceras, que no llevan en sí el rebuscamiento y la retórica del que dice lo que no siente, o siente lo que no dice, son el retrato más fiel que de este colaborador del Sr. Madero ayer, y de nuestro Presidente hoy, puede hacerse.

Revolucionario por indiosincracia, como todo

aquel cuyo credo moral no está corrompido en la adulación o la bajeza; viril y enérgico en sus resoluciones y en sus convicciones, abrazó la causa del pueblo mexicano con el fervor de las más íntimas comuniones, lanzándose a la lucha armada con la fe que presta el apostolado de las ideas sagradas; luchador infatigable en los campos de batalla, empurpurados como para producir una cosecha de libertades y vindictas, regresó a su Estado natal después de la huída de los dictadores, donde su voz serena y afable difundió en ciudades y campiñas el verbo redentor que en el Norte había desmoronado el poderío del enajenador de las libertades del Pueblo; y más tarde, ungido por el voto de sus conciudadanos que sabían que nadie mejor que él podría llevar al pueblo veracruzano al epinicio de la legalidad, después del reinado dehesista, fué un buen gobernante, un ciudadano ejemplar y un intachable revolucionario.

Cuando la ignominia de la tragedia de febrero de 1913 levantó la airada voz de la protesta en todos los ámbitos de la República, D. León Aillaud, como leal partidario de la justicia y de la legalidad, engrosó desde luego las filas revolucionarias, con su contingente de patriotismo, de honradez y de sana y noble intención. Allí militó en todos los terrenos, prestando verdaderos y efectivos servicios, tanto durante la epopeya que arrojó del poder asaltado, a los traidores del Cuartelazo, como en la segunda lucha con-

tra los apetitos de la reacción. Siempre dispuesto a cualquier esfuerzo personal y sin escatimar jamás el peligro o el trabajo, para sí y los suyos, continúa prestando al Gobierno su valiosa ayuda este generoso revolucionario.

Señor Coronel
Inocencio Medina.

Ingresó a las filas como Subteniente a las órdenes del Gral. Lucio Blanco, en Ciudad Victoria, seis días después de haber tomado la mencionada población. Avanzamos sobre Tampico, y en un punto denominado Forlón fué hecho prisionero por las fuerzas de los generales Rabago y García Lugo, con 29 individuos de tropa que lo acompañaban, habiéndolo llevado al Puerto de Tampico. En 29 de mayo de 1913 los embarcaron en la corbeta «Zaragoza», con destino al puerto de Veracruz. En 2 de junio, que arribaron al mencionado puerto, logró evadirse al ser desembarcado, y después de muchas penalidades, llegó a Matamoros, Tamaulipas, donde se encontraban las fuerzas constitucionalistas, las cuales estaban a las órdenes del General Andrés Saucedo, a quien se presentó, siendo aceptado y ascendido al grado de Teniente; a continuación tomó parte en los siguientes combates: en el Puerto de Matamoros, Laredo, Tamaulps, siendo herido en este último combate con los Generales

Abelardo Menchaca y Ernesto Santoscoy y demás compañeros que tomaron también parte en este hecho de armas. Con este motivo pasó al lado americano a atender al restablecimiento de su salud.

Una vez restablecido, pasó nuevamente a incorporarse a las fuerzas constitucianalistas, tomando parte en los combates de Salomé Botello, Saltillo, Coahuila, Paredón y Real de Catorce, S. L. P., continuando el avance para el centro de la República. Fué ascendido por el General Andrés Saucedo al grado de Capitán segundo, y habiendo llegado a la ciudad de Celaya, Guanajuato, se le comisionó con el Tte. Cor., José Cavazos, para tomar las plazas de Salvatierra y Acámbaro, Guanaujato, logrando en el desempeño de su comisión apoderarse de un tren del enemigo, el cual tenía equipo, armas y parque en abundancia. Terminada nuestra comisión ordenó el General Saucedo retrocediéramos a la plaza de Celaya, Guanajuato, para efectuar el avance sobre la ex capital de la República.

En 14 de agosto de 1914.—Llegados a la población de Tlalnepantla, se le comisionó nuevamente con el Tte. Cor. Cavazos, para desarmar las fuerzas de los ex-federales, que se encontraban en Tacubaya; cumplida esta comisión regresaron a su apostadero Tlalnepantla, rindiendo el informe de su comisión. En seguida marchó sobre México, donde se le comisionó por orden del Tte. Cor. Jesús Valdés, Jefe del Edo. Mayor

del C. Primer Jefe para encargarse del Garage de la Primera Jefatura, concediéndosele por el C. Primer Jefe el ascenso de Capitán primero. Al ser evacuada la plaza de México por las fuerzas Constitucionalistas, salió con el Edo. Mayor del C. Primer Jefe a la ciudad de Puebla, donde permaneció varios días a sus órdenes. Más tarde continuó su avance hacia Córdoba, Veracruz, siendo su estancia en este lugar hasta el 23 de noviembre de 1914, y dirigiéndose desde esa fecha a Veracruz. A su arribo a Veracruz, se le comisionó de orden superior, para pasar a las órdenes del General Licenciado Roque Estrada, y salir a la campaña de los Estados de Jalisco, Michoacán y Tepic, donde se incorporaron a las fuerzas del General de la División de Occidente M. Diéguez, emprendiendo desde luego una campaña activa contra la Reacción, tomando parte en los combates de Sayula, Verdia, Sacualco y Santa Ana Acatlán.

En 29 de Diciembre de 1914.—Fué ascendido al grado de Mayor, recibiendo órdenes de avanzar sobre Guadalajara, en donde se tuvo un fuerte combate, y estando en dicha plaza, fueron atacados por los reaccionarios el 30 de Enero, siendo rechazados enérgicamente por nuestros heroicos soldados, habiendo permanecido en esta Plaza hasta el 11 de Febrero, fecha en que fué evacuada la mencionada Plaza, del General en Jefe señor Manuel M. Dieguez, sosteniendo la retirada con reñidos combates, hasta la cuesta de Sa-

luya, donde se tuvo un nuevo y encarnizado combate que duró tres días, en el cual resultó herido, pasando a curarse a Colima, en donde una vez restablecido, le ordenó el General Licenciado Roque Estrada, pasara a Veracruz, para su completo restablecimiento. Logrado su fin, se presentó a recibir órdenes a la Secretaría de Guerra y Marina, la cual dispuso pasara a organizar el Cuerpo de «sueltos», del cual es Jefe actualmente. H. Veracruz, 25 de Junio de 1915.

*

Grado por grado ha sabido el hoy Coronel Inocencio Medina, conquistar todos sus ascensos. Ha sido un infatigable luchador en los campos de batalla y logró siempre distinguirse por su acrisolado valor y buen comportamiento. Ha tenido distinciones honrosas de diferentes Generales, entre ellas, de los Divisionarios Don Pablo González y Don Alvaro Obregón. En la actualidad es Candidato Popular por la Municipalidad de Tacuba, para la Presidencia Municipal de la misma, siendo sus propósitos reorganizar todos los servicios dependientes del Municipio, fomentar las industrias y la agricultura, el servicio de salubridad, policía y obras públicas, teniendo a este respecto varios importantes proyectos que redundarán en beneficio de los vecinos de esta localidad. Es hombre perseverante y acostum-

brado a la lucha sin tregua, posee talento natural y es buen mexicano, pues sus mayores deseos y anhelos, son los de laborar por el bien de su patria. Entre los miembros del Ejército es estimado por sus méritos y carácter jovial y alegre.

: : : : César E. Arroyo : : : :

Qué grata sorpresa fué para el autor de estas modestas líneas, encontrarse en este sugestivo y atrayente Madrid, al delicado amigo y gentil revolucionario Don César E. Arroyo, a quien conocí en México como Secretario particular del sentido bardo granadino o almeriense Don Francisco Villaespesa.

Extrañará tal vez que un viejo revolucionario como yo, llame correligionario al ecuatoriano Señor Don César E. Arroyo, y al hacer tal cosa, sólo cumplo con el deber doctrinario en mí, de dar a cada quien el lugar que se merece, dentro dc sus loables esfuerzos y servicios a la Causa Libertaria.

César E. Arroyo es revolucionario, porque ha prestado su cultura bien notoria, su franca simpatía y su desinterés, al servicio de esta magna obra, acaudillada por Don Venustiano Carranza.

César E. Arroyo, ha laborado por México y por las doctrinas democráticas, que constituyen el ideal de todo buen mexicano, con el mismo tesón y fe que aquellos que por ser mexicanos

tienen la obligación de pensar así, por el bien y el progreso de su patria.

César E. Arroyo es el reposado intelectual, el sensato hombre de estudios que encierra sus méritos dentro de una personalidad modesta y honorable por todos conceptos. El ha dado más brillo a nuestros intelectuales en el extranjero que otros muchos que han venido de México con ese propósito y con las bolsas repletas de dinero, y que sólo han conquistado hembras y placeres.

César E. Arroyo, merece la estimación y el agradecimiento de todos los buenos mexicanos que sepan aquilatar debidamente su labor pro-México en España.

Yo, con orgullo, estrecho su mano y me complazco en felicitarle calurosamente.

La ingrata labor del periodista

Existen en el engranaje social, arduas e ímprobas labores de indiscutible necesidad para el bienestar colectivo, pero que significan para quienes las ejercen un apostolado lleno de arideces y de ingratitudes. No obstante que la unánime sanción se otorga benevolentemente para estos ilotas de la felicidad, y que nadie se cree desobligado a significarles un frío parabién, su labor, muchas veces titánica en esfuerzos materiales y morales, no es justipreciada nunca en lo que realmente vale, guardándose en general el aplauso y el éxito para otros gremios de menos valer, pero más efectistas en cambio.

Quiero referirme ahora a la actitud social frente al periodista: aunque no haya quien no le considere como algo indispensable en el medio moderno, ávido de noticias, de opiniones y de orientación, nadie sabe, por otra parte, nada de su

vida, de su trabajo y de su personalidad como obrero y como pensador. Se toma (y este es el criterio dominante) al periodista como a uno de tantos sujetos que como haberse dedicado a emborronar cuartillas se podía haber consagrado a la fabricación de artefactos de barro o a chauffeur. Y, aquí el error capitalísimo, pues, entre el periodista por circunstancias y el periodista por indiosincracia, hay la diferencia que entre un sacristán y un doctor en teología.

La psicología de las profesiones nos enseña que en el periodista concurre constantemente la filiación moral siguiente: cultura enciclopédica, patriotismo, solidez de convicciones, amor al trabajo, una gran dosis de resignación ante las dificultades de la vida, y una clarividencia precisa acerca de las cuestiones de momento, que el público no posee por regla general.

Se verá, pues, que los piratas sociales que hacen del periódico un medio de lucro tan productivo como un bazar de ocasión o una mesa de ruleta, no son pe-

riodistas ni con mucho, y que la labor de los sanos, merece una atención y un respeto algo más serios que los que se acostumbra concederles.

El lector, que desde la acera o desde ventana de su alcoba, alarga la mano en las primeras horas matutinas para adquirir la hoja suelta que habrá de contarle todo lo que de notable ha ocurrido en el planeta mientras él se consagraba al trabajo o aldescanso, concede, por regla general, atención a la noticia, pero no a quien se la da. El crítico que desde las hojas de una revista o un semanario desflora la labor de un intelecto que para él piensa, trabaja y espera, no cree que para haberse formado una grande y firme convicción, el articulista ha debido pasar por un Gólgota de amarguras, de ataques y de amenazas. Y ambos, después de leído el párrafo que les interesó, arrojan con un mohín de saciedad, y hacia algún rincón donde ya será olvidado, el fruto de los denodados esfuerzos de algún anónimo comentarista, para quien se ha hecho la ingratitud y la injusticia.

Y no obstante, el periodista prosigue su trabajo con un gesto de desencanto en el rostro, pero con toda la firmeza de una conviccion hecha, mientras los honores, la admiración y el aplauso son para otros, formados tal vez por el oscuro emborronador de cuartillas, que agachado sobre su mesa de trabajo, y estrujando su cerebro y su corazón, marcha tranquilo hacia un porvenir que siempre espera, pero que jamás llega para él.

Decía un novelista sud-americano que la virtud es algo que «todo el mundo pide, pero que nadie da». Y algo parecido pasa con el periodista: todo el mundo se cree obligado a pedir de él honradez intachable, conducta ejemplar, ecuanimidad a toda prueba y resignación infinita; pero nadie, en cambio, juzga tener ningunas obligaciones hacia él. En los países sajones, donde el periódico, sea diario o semanario, constituye una urgente necesidad social, el periodista se forma en verdaderas aulas de enseñanza, conquista una posición social envidiable por todas razones, y labra para sí y sus

convicciones un porvenir firme y sólido.

Y otro de los errores graves que se cometen al juzgar al periodista, es creer que su labor no tiene hondas consecuencias en la sociedad, y que la vida efímera de la hoja destinada al olvido es tan fugaz como su obra. Nada más erróneo: recordemos solamente que dos de las guerras intestinas de España han sido causadas por los periódicos desconformes con la política de entonces; que el proceso Dreyfus, que apasionó al mundo entero más de dos años, terminó en una absolución y una reparación pública y solemne gracias a la labor de los periódicos parisienses, y que aun en mi país hemos tenido periódicos que han encauzado la opinión radicalmente, unas veces en buen sentido y otras veces equivocadamente, pero siempre de manera considerable. Y así pues, aunque la labor del periodista, por lenta y paulatina no se justiprecie nunca en el valor que tiene, debemos recordar que es en el periódico donde se forman muchos criterios, donde se robustecen muchas con-

vicciones, y donde se combaten muchos errores y muchos atentados.

Y al hacer todas estas consideraciones, no me guía un sentimiento de egoísmo, ni laboro «pro domo mea.» Estoy convencido que es irremediable el criterio general, y que solamente una solidez de espíritu inamovible puede compensar al escritor de sus sacrificios, que podrán ser olvidados, pero que jamás ser«n estériles, pues toda causa buena lleva en sí misma el premio. Quiero solamente recordar al lector, que la hoja impresa que muchas veces le parece hecha por sí sola, sin esfuerzos ni dolores de ninguna especie, lleva en sí toda una vida agotada en la consecución de un ideal, y que muchas de las letras que la forman podían haberse impreso con sangre.

¡Vive la France!

La Edad Media agonizaba; todo el vetusto régimen que se proclamaba depositario innato del poder, y que después de veinte siglos imperaba orgullosamente en la intocable majestad de su autoridad exfraterrena, oscilaba a los primeros nuncios del cataclismo más grande que registra la historia de los pueblos. Las revelaciones inauditas que los apóstoles populares habían lanzado al viento como clamor de admonición, sacudían las conciencias y preparaban la lucha sangrienta y vindicadora, mientras los próceres recostados en el muelle lecho de su confianza, despreciaban la lejana amenaza con una sonrisa de beatitudes imperiales. Y a lo lejos, en el seno de las ciudades y en la calma de las campiñas, los ceños torvos y los crispados puños amenazaban el arcaico solio de los Césares; el verbo candente de Voltaire y Rousseau recorría los aires como evangelio

de reivindicaciones, y la declaración de los Derechos del Hombre se balbucía airadamente como el credo de una nueva vida.

Y las primeras manifestaciones de esta gestación grandiosa, fueron las abortadas conspiraciones que en el seno mismo de la gran urbe, de Lutetecia cuyo destino inevitable había de ser el de maestra de todas las ideas, y el de matriz de todos los ideales, fueron el primer nuncio que hizo llegar hasta los cimientos mismos de los tronos inamovibles de los Luises, el ronco rumor de las multitudes hambrientas de libertades y de derechos, que sacudiendo al viento el rojo pendón de la liberación, cantaban épicamente la llegada de la resurrección del derecho. Los señores augustos, en la pompa fastuosa de sus palacios, no presintieron que la negra nube había de lanzar el rayo implacable, y respondieron al rugido del pueblo con el acorde flébil de los minuets de Versalles y el eco lánguido de los cantares de las reales cortesanas. Y durante los años de calma que siguieron,

se verificaba lentamente la concepción madura de algo terrible que agitaba confusamente a las masas, mientras la orgía imperial prolongaba su ritornelo confiadamente.

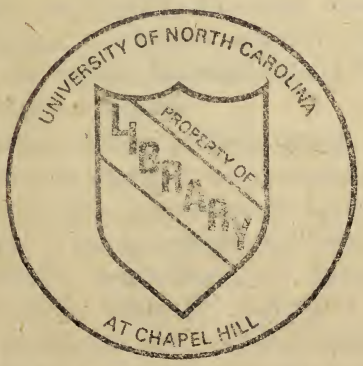
De pronto, como ante el escenario grandioso de una decoración tropical en el que estalla la tormenta entonando la sinfonía terrificante del rayo en toda su abrumadora rapidez, la humana marejada rompió el dique secular, y las muchedumbres entonando el Hossana airado de la vindicta rompieron a sangre y fuego los muros polvorosos tras de los cuales se ocultaba todo un pasado de tiranías y de despotismos; y la gleba francesa, al grito de Libertad, Igualdad, Fraternidad, al deshacer ante su potente empuje los muros de la Bastilla, firmó para siempre la declaración de los humanos derechos, y relegó para siempre de la Historia contemporánea las tiranías absurdas, que haciéndose descender de un origen divino, habían ensombrecido al mundo durante un doloroso cortejo de siglos, plenos de sevicias y de tira-

nías. Y días después, cuando las mismas multitudes hacían correr inexorablemente la sangre por las calles de París, se mostraba ante el mundo absorto el peso grave de la justicia, cuyo brazo puede detenerse tal vez durante toda una era de la vida humana, pero que tarde o temprano se abate formidable y severo, sobre las cabezas impuras maculadas por los delitos ancestrales de la casta señorial.

Y esta epopeya inmensa, que alumbra la Historia del hombre cual un lampo distante proyectado como faro erguido y fuerte entre la sombra de los prejuicios y de las cobardías, no es el epinicio de la raza gala, pues la batalla que en tal fecha se libró no fué una conquista para este sólo pueblo.

El 14 de Julio es la fiesta de las libertades humanas, que en este aniversario fueron sancionadas para siempre, y definitamente establecidas como la inamovible norma futura. Si alguien cree que esta es la fiesta de Francia, comete el más ingrato error; esta es la fiesta del

Hombre, la fiesta conmovedora de la manumisión humana, habiendo tocado al viril pueblo francés ser el primero en empuñar el lábaro triunfante de la liberación. Y por eso amamos a Francia como a la maestra y a la madre en enseñanzas, y exclamamos llenos de entusiasmo con todo nuestro vigor y nuestro profundo afecto: *¡Vive la France!*


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
AT CHAPEL HILL

Luis G. Urbina

No voy a descubrir al inmenso poeta, que esto sería irrogar una evidente ofensa a la ilustración del lector. Luis G. Urbina está ya consagrado por la crítica, por la alta crítica, como uno de los cuatro o cinco grandes poetas de América de la lengua castellana. Quiero únicamente consignar para cerrar honrosamente mi libro, que he tenido la altísima honra de volver a ver al maestro (Urbina es el maestro indiscutible de las nuevas generaciones no sólo de México, sino de América), en Madrid, en donde vive y trabaja actualmente, ostentando, con brillo singular, el cargo de Primer Secretario de la Legación de México en España.

Desearía también enfocar y fijar, aunque fugazmente, su silueta sugestiva en el momento actual; pero encuentro que acaba de hacerlo, con un gran amor y con su ingénito entusiasmo, el brillante literato ecuatoriano, mi querido amigo y compañero, César E. Arroyo. A él cedo, pues, la palabra en esta ocasión, reproduciendo el retrato de Urbina, tomado de la interesantísima *Galería de modernos poetas mexicanos:*

«Luis G. Urbina.

Si es muy grande y merecida la fama de que, universalmente, goza Luis G. Urbina, como uno de los más insignes líricos de hispanoamérica, no se le conoce, en cambio, tanto como merece, por otras fases de su múltiple y admirable espíritu. Además de poeta egregio, heredero legítimo y continuador brillante de la gloria del mágico Gutiérrez Nájera, Urbina es un cronista sutil y alado que sobre la vida cotidiana continúa tejiendo, con hilos de luz, el velo de ensueño que dejara a medio tejer el incomparable *Duque Job;* un ingenio fino y doliente que gusta cultivar sobre el erial de la existencia la divina y deliciosa flor del humorismo; un gran crítico de arte, a la manera de Taine y de Barrés; un maestro, un verdadero maestro, en letras humanas, especialmente, en literatura, en la que ha llegade a adquirir un dominio casi absoluto, y, sobre todo, un corazón de oro, un hombre bueno y piadoso que para todo tiene una sonrisa llena de afecto y de amable filosofía.

El que esboza esta semblanza tuvo el honor de conocer y tratar, muy de cerca, aquí en Madrid, a Luis G. Urbina. La primera vez que le vimos fué en el Centro de Cultura Hispanoamericana. Celebrábamos sesión una tarde de mayo del año antepasado, cuando el notable publicista mexicano, D. Carlos Pereyra, llegó acompañado de

un hombre como de unos cincuenta años, de baja estatura, más bien grueso que flaco; la color, morena; una gran melena en bucles negros coronaba su testa leonina; la frente era ancha y abombada; los ojos pequeños, obscuros y vivísimos; la nariz, ancha; un bigotillo ralo sombreaba sus labios; vestía pulcramente y sus manos eran finas y muy cuidadas.

—«Tengo el gusto de presentar en este Centro a mi ilustre compatriota el Sr. D. Luis Gonzaga Urbina»—dijo D. Carlos Pereyra, señalando a la persona que le acompañaba. Inmediatamente todos nos levantamos y dimos la bienvenida al huésped insigne, gloria no sólo de su patria, sino de la raza.

Desde entonces, nuestra amistad con Urbina fué sincera y afectuosa. Villaespesa fundó con él la revista *Cervantes* en el verano de 1916. Observador curioso y atento de la realidad circundante, Urbina escogió para su vivienda, el riñón mismo de Madrid, yéndose a habitar en un cuarto con balcón en la vieja calle del Pez, rua muy alborotada y típica, en un barrio de estudiantes y menestrales. Allí le íbamos a visitar con mucha frecuencia, recreándonos con su charla deliciosa, provechosa, llena de la ciencia de la vida y de los libros. Muchas noches de luna y de ensueño vagamos juntos por las intrincadas calles de esta Villa y Corte, y era de ver cómo florecía en poesía y en amor esa alma de privilegio y de selección. En varias ocasiones memorables nos

encontramos también reunidos: con él y con Villaespesa fuimos a la casa de Felipe Trigo, el día que se suicidó el célebre novelista; con él y con Nervo, fuimos al Ateneo de Madrid la noche memorable en que habló a España Mauricio Maeterlinke. Urbina *llegó, vió y venció* en Madrid. Toda la intelectualidad hispana, que ya le conocía y admiraba de antiguo, le rodeó y supo aquilatar sus excepcionales dotes y sus bellísimas prendas. Pronto fué popular *el viejecito*, como se le llama en México y continúa llamándosele en España.

Mucho, muchísimo trabajaba aquí; con el enorme éxito que era de esperarse, publicó, en poquísimo tiempo, varios tomos: *Bajo el sol* y *Frente al mar* (crónicas), *El glosario de la vida vulgar* (versos), *Antología romántica* (versos), *La Literatura del siglo XIX en México* (historia literaria). En 1917 Urbina partió a la Argentina, adonde se le invitó con el objeto de que diera en Buenos Aires un curso breve de literatura mexicana. Terminado este curso, que, como no podía menos de serlo, fué un espléndido triunfo para el maestro, volvió a Madrid, y de aquí fué a su México natal, de donde retornó investido del cargo de Primer Secretario de la Legación de su Patria en España; cargo que honra en la actualidad el egregio poeta.

Luis G. Urbina nació en la ciudad de México, en 1868. Poeta y literato por espíritu, por vocación, por temperamento, no ha dejado de produ-

cir versos, crónicas, cuentos, críticas, estudios, desde que, adolescente, se dió a conocer en *Revista Azul*, de Gutiérrez Nájera, su padre espiritual, cuya obra, de belleza y de emoción, ha continuado y continúa, al través de los años, imprimiéndole, eso sí, el sello de su propia personalidad. Ha hecho una gran labor periodística en diarios y revistas, llegando a adquirir, dentro y fuera de su país, reputación de verdadera autoridad. Si ha desempeñado cargos públicos, siempre han guardado éstos afinidades con sus aficiones e índole de su espíritu. Así, ha sido catedrático de Literatura, Bibliotecario nacional, Subsecretario de Instrucción Pública durante el Ministerio de su viejo y amado maestro, Don Justo Sierra, al que había llegado a sustituir en más de una ocasión, y hoy diplomático.

La poesía de Urbina es una poesía romántica de la más pura ley. Nada de sensiblerías, nada de lloriqueos, nada de exageraciones ni estridencias. Un amor profundo y acendrado para las personas, para los hechos, para las cosas; un sincero, profundo y dulce dolor humano; una cautivante emotividad, que antaño fuera anhelo y ahora es dulce añoranza otoñal; una suave ironía, un sonreir melancólico, corren a lo largo de toda la obra como un *leit motiv* en la sinfonía interior de una alma lírica. . . . . .

. . . . . »

Fancisco Villaespesa

El ilustre autor de «Aben Humeya» es un leal y sincero amigo del Constitucionalismo. Aun antes de ir a México, publicó en diferentes diarios españoles, una serie de artículos destinados a dar a conocer la magna obra de la Revolución en nuestro país, y a desmentir los «canards» de la prensa amarilla de la Península, que trataba a toda costa de desacreditar el Gobierno legalista mexicano. Y ahora, durante su estancia entre los mexicanos, ha escrito varios artículos llenos de sinceridad y de entusiasmo, en los que evidencia la labor cultural, reivindicadora y patriótica del Gobierno emanado del Sr. Carranza, y al que reputa como la salvación de México.

No podía ser de otro modo; el índice de elevación de espíritu de Don Francisco Villaespesa, su amplia documentación en historia de nuestro país, y su innato buen sentido, habían de dictarle necesariamente una adhesión sólida y profunda a la verdadera causa del pueblo mexicano, y un afán recto por cooperar, en la medida

de su amplia capacidad, a la consagración del derecho y la justicia, a fuer de hombre cabalmente honrado. Solamente los aventureros sin hogar y sin pundonor; únicamente los filibusteros de la política, han sido capaces de venir a nuestro hospitalario país en demanda de oro ganado a costa de bajezas y concesiones impuras, a sembrar disenciones, a fomentar discordias, y a pagar con hiel y veneno el pan que generosamente les hemos brindado constantemente. No así el autor de «Andalucía» y de «Judith», que ha sabido ponerse como leal paladín al lado de la justicia y del honor, y defender con su arma poderosa, la pluma y la idea, la causa por la cual han muerto muchos miles de mexicanos. El poeta Villaespesa, como buen cruzado de la idea, es nuestro amigo, y sin vociferaciones oportunas en las encrucijas, y sin palabrerías necias de ocasión, es un sincero amigo de la Revolución y de los revolucionarios, habiendo defendido, según hemos asentado, los ideales de la epifanía de la libertad en México desde las columnas de los importantes diarios madrileños a los que honra con su colaboración.

Y estos son precisamente los forasteros a los que debemos acoger con un ademán hospitalario y un abrazo fraternal; estos son los que deben gozar de nuestra hospitalidad más amplia y cariñosa, y no los aventureros que arriban a nuestras playas natales con un fardo de acechanzas, de intrigas y de miserias, y que vienen a pagar

nuestra espontaneidad con torcidas conductas y con inoportunidades palmarias.

Para formarse un concepto cabal del recto juicio y la honradez de ideas de don Francisco Villaespesa, bastaba oírle hablar de la guerra europea; sin falsos lirismos, y sin sensiblerías fuera de momento y de ocasión, tenía de los acontecimientos luctuosos que ensombrecen el Viejo Continente una opinión clarividente y precisa, fundada en las leyes inmutables de la evolución de las razas y de los países, sin dejarse arrebatar por entusiasmos irrazonados ni por aficiones injustas. Con un indudable tinte de duelo por el raudal de sangre que empurpuraba como roja ofrenda las campiñas de Francia, de Bélgica, de Austria, de Servia y de Rusia, contemplaba su pupila absorta un futuro próvido en esperanzas y en fraternidades a través de la roja angustia de la tragedia, ajeno a los histerismos de partido que agitan a su patria, predicaba para España una sólida firmeza moral, que la apartase de la vorágine que azotaba el mundo como un ciclón de locura, y supo encontrar para los vencedores una palabra de estímulo, y para los vencidos otra de consuelo.

Tal es el alma del poeta Villaespesa.

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

INDICE

	Páginas
Prólogo	7
Por el resurgimiento de la Raza	15
Don Venuustiano Carranza	23
El arquetipo del revolucionario culto	29
Una de las más prominentes figuras del Constitucionalismo	43
La cuna de la Independencia mexicana	53
Un viejo revolucionario y un revolucionario viejo	57
Un hombre y su obra	63
Nuestros hacendistas	71
Una bizarra figura de la Revolución mexicana	77
Los Establecimientos fabriles Militares	81
Perfiles de la juventud intelectual revolucionaria	85
La ingrata labor del periodista	117
¡Vive la France!	125
Luis G. Urbina	133
Francisco Villaespesa	139
Indice	143

DIRECTOR DE PUBLICACIONES:
CÉSAR E. ARROYO

GERENTE:
FRANCISCO TORRE-MARÍN

ADMINISTRADOR:
JUAN RIVAS BONILLA

EDICIONES Y ADMINISTRACIÓN DE TODA CLASE DE OBRAS, PERIÓDICOS Y REVISTAS.

VENTA Y SUSCRIPCIONES A TODA CLASE DE PUBLICACIONES

ENVÍOS A PROVINCIAS Y EXTRANJERO

La correspondencia diríjase a nombre de la EDITORIAL HISPÁNICA, Apartado de Correos n.º 708. — ADMINISTRACIÓN: MADERA, 30.

BIBLIOTECA DE ESCRITORES DE LA RAZA

OBRAS PUBLICADAS

I.—JUAN MONTALVO: SUS MEJORES PROSAS
(SEGUIDAS DE ALGUNOS INÉDITOS.) PRECIO, 3 PESETAS.

II.—MÉXICO EN ESPAÑA, POR LUIS ANDRADE.—PRÓLOGO DE SALVADOR RUEDA.
PRECIO, 3 PESETAS

EN BREVE: PARNASO DE POETAS AMERICANOS

A las anteriores seguirán obras de los más notables escritores de lengua castellana.